

HORROR GALACTICO

CURTIS GARLAND

SOLO PARA ADULTOS



Khariel



Gracias a todos los que han colaborado con sus aportaciones a la biblio:

Pepin33, Raton2007, eljosemi, Nigurath, Sentesente, Etriol, Halincito, jerubio, Silverio Zertuche, Lord_Fenix, Figor, trpmaster, el_parlita, meganessus, Superbored, mikamy, Mikon, kuntaloko, Luz Negra, gilgador1978, pinefil, dojioutlaw, amergein, Trycster, Josuto, Samedi, Dramor, Xavi, Sonsoles, tiberius76,kaito kaito, dramor, mianroma, Franco, kain, Krayton, Muermo, FJ, delfix, Rikitaku, Omoicata, lifk94, matapitufos, wiwall, Gator767

Horror Galáctico



Colección

HEROES DEL ESPACIO n.º 13

Publicación semanal

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1980

CAPÍTULO I

BIP-BIP-BIP-BIP-BIP...

Era el sonido monocorde, Invadiéndolo todo. A bordo, no se escuchaba otra cosa, en aquel profundo y casi infinito silencio.

BIP-BIP-BIP-BIP-BIP-BIP...

Había crecido repentinamente en intensidad, Seguía aumentando por momentos.

Zoltan levantó los ojos hacia Ghidar. Su rostro se mantuvo impenetrable.

—¿Has notado eso, Ghidar? —preguntó.

—Sí —afirmó el otro—. Lo he notado. Sólo tiene una explicación.

—Nos acercamos a algo, ¿no?

—Evidente.

—Pero aquí no hay *nada*. La carta cósmica no señala presencia alguna. Ni un asteroide, ni un planeta, ni tan siquiera meteoros. Nada.

—La computadora no cometería un error. Hay algo, aunque no esté en la carta cósmica.

Zoltan no contestó. En vez de eso, consultó una pantalla fluorescente de su tablero de mandos. Luego, meneó la cabeza, en sentido negativo,

—No veo nada —dijo.

—Tal vez sea invisible. Pero está ahí, en alguna parte. El zumbido del detector de materia sigue aumentando en intensidad. No es posible que se produzca un fallo semejante.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Por qué dices eso, Zoltan? —se irritó Ghidar—. Sabes cómo se construyó la computadora. No tiene fallos.

—Sé muchas cosas, Ghidar. Entre ellas, que no todo lo que hicieron los hombres era perfecto, ni mucho menos.

—Eso es otra cosa. Estás hablando de una máquina.

—¡Pero la hicieron *ellos*! Y, por tanto, cabe el error.

—Zoltan, ¿por qué hablas como si nosotros no fuésemos hombres? Pertenecemos a la misma sociedad que creó todas estas cosas. Nosotros formamos parte de su obra, nos guste o no.

—Pues no me gusta, Ghidar, No puede gustarme una sociedad que se destruyó a sí misma tan estúpidamente.

—Tú estás a salvo. Yo también. Y los otros. Se lo debemos a ellos, a esos a quienes ahora censuras. De no ser por su ingenio, estaríamos muertos, hechos ceniza con todos los demás. Si tuvimos esta oportunidad, es porque ellos nos la dieron, ¿no es cierto?

—Es lo menos que podían hacer. Y sólo concedieron esa

oportunidad a unos pocos. ¿Crees que es justo?

—No me gusta discutir de eso. Ocurrió, y ya está. Pudieron salvar a otros. Pero nos tocó a nosotros. Eso basta. Me conformo con mi suerte.

Bip-bip-bip-bip-bip-bip...

La señal. Volvía a elevar su tono paulatinamente, tras un momento de debilidad.

Y de repente, se hizo ensordecedora casi:

¡BIIP-BIIP-BIIP-BIIP-BIIIIIIP...!

—Cielos, está *ahí* mismo —jadeó Ghidar nerviosamente, pulsando los controles—. Es preciso que tratemos de verla, Zoltan.

—¿Cómo? —indagó éste con sarcasmo, buscando en vano en la pantalla visora de su tablero—. Sigue sin haber nada ahí fuera, Ghidar, diga lo que diga la preciosa y maravillosa máquina.

—Yo no estaría tan seguro. Puede ser algo que escape a la visión normal y a los detectores habituales de imagen.

—¿Como qué, Ghidar?

—No sé... Tal vez algo de otra dimensión. Posiblemente un cuerpo que nuestros ojos y las cámaras no captan. Recuerda que estamos lejos, muy lejos de nuestro mundo y de nuestro lugar en el Universo. No se sabe lo que puede haber en otros confines galácticos, Zoltan.

—En eso puede que tengas razón —admitió Zoltan, pensativo, dejando de rastrear el espacio con los medios convencionales de que disponían—. Sólo el detector de materia lo detecta. Por tanto, *es materia* aunque no se vea. Pero ¿qué clase de materia?

—Podríamos pedirle datos a la «Profesora» —sonrió Ghidar, algo relajado.

También Zoltan sonrió, asintiendo. Todos llamaban así a la gran computadora que archivaba infinitos datos técnicos, mecánicos y de todo tipo a bordo, y controlaba automáticamente el *Omega-3*. La «Profesora» parecía saberlo todo. O casi todo.

Zoltan tabuló sobre el teclado de la computadora central, proporcionándole los datos acústicos del detector y la posibilidad de materias que se le ocurrían. Zumbó el mecanismo, y la pantalla se iluminó con la respuesta:

> «Aunque los datos son insuficientes, todo permite asegurar que un cuerpo sólido de dimensiones reducidas, no mucho mayores que un cuerpo humano flota cerca de *Omega-3*. Posible localización coordenadas AZ 20— DS 53. Probable invisibilidad por carácter transparente del objeto...

—¡Transparente! —exclamó Ghidar, con ojos brillantes de

excitación—. Claro... Eso lo explicaría... Entre los reflejos de las luces estelares y nuestra propia iluminación, el cuerpo podría convertirse en prácticamente invisible si su materia es transparente como el vidrio. Por una vez más, creo que la «Profesora» ha acertado de lleno. Esa debe ser la explicación correcta. Ahora sabemos en qué punto exacto se mueve, Zoltan. Que alguien se dirija allá y trate de ver o de aproximarse al objeto en cuestión.

—Podría ser peligroso, Ghidar. No sabemos *qué* será.

—Tampoco sabemos si podría sernos tremendamente útil, como vestigio de alguna forma de vida o como rastro que nos conduzca a algún lugar concreto. Será mejor que llames a Makro y tome el *minirocket*. Ya ha descansado lo suficiente.

—Sí —suspiró Zoltan—. Creo que eso será lo mejor.

Ghidar se quedó al mando de la nave, mientras Zoltan salía de la cabina de mandos de *Omega-3* para dirigirse a la cámara de literas. Allí dormían profunda» mente en estos momentos los restantes componentes de la tripulación: Makro, Straken, Akhaar y el perrito «Adam». Curioso nombre para el último perro viviente de un planeta, pensaba a menudo Zoltan. Sin duda, Akhaar, su dueño, había pensado con ello rendir un irónico y amargo tributo al primer hombre de la Creación, aplicándole su mismo nombre al último can existente en la superficie de un mundo que ya no existía.

—Makro —llamó en voz baja al durmiente de una de las literas altas—. Makro, tienes trabajo...

El despertó. Sus azules ojos se fijaron en Zoltan entre somnolientos y disgustados.

—Al diablo con el trabajo —rezongó—. Debe ser cosa de Ghidar, seguro.

—Sí —rió Zoltan—. Pero esta vez, ambos estamos de acuerdo.

—¡Qué raro! ¿Ocurre algo especial, Zoltan?

—Un objeto invisible, que los detectores captan con nitidez, cerca de nuestra nave. La «Profesora» dice que puede ser transparente, de ahí su invisibilidad.

—Ya. Y tengo que salir a explorar, ¿no?

—Algo parecido.

Mascullando maldiciones, Makro se incorporó. Los demás dormían profundamente. Consultó su reloj de hora convencional, sin moverlo a la pantalla de horario cósmico. Meneó la cabeza.

—Sólo dormí seis horas —dijo—. Me cobraré las dos restantes cuando haya cumplido mi tarea y tenga el siguiente tumo de descanso, díselo a Ghidar.

—Está bien. Si es preciso, te cederé dos horas de mí turno —suspiró Zoltan—. No soy tan dormilón como tú. No comprendo cómo puedes desear tanto el sueño, después de todos esos años, siglos o lo

que sea, que hemos pasado en hibernación hasta despertar.

—Es un sueño diferente —gruñó Makro, empezando a vestirse en una cabina inmediata con las herméticas ropas espaciales—. Aquello fue como estar muerto. La suspensión animada no es nada, Zoltan. Ni siquiera se sueña. Se despierta uno como si fuese el día de la Resurrección. Esto es otra cosa. Soñar con chicas bonitas, con una cantina, con un partido de fútbol o un día de camping...

—Y despertar de todo eso —le recordó Zoltan, sarcástico—, es lo peor, ¿no? Conozco la experiencia igual que tú.

—Sí, supongo que eres humano, Zoltan. De quien dudo mucho que lo sea, es de Ghidar. Parece insensible, indiferente a todo, como si no tuviera sentimientos.

—Tal vez sea su modo de comportarse, de aparentar. Estoy seguro de que debe haber en él algo cálido, algo sensitivo. Aunque confieso que debe costar mucho encontrarlo —acabó riendo, y palmeando suavemente la espalda de su compañero—. Buen viaje al exterior, Makro. Si encuentras un paquete de cigarrillos y el periódico en cualquier puesto de venta espacial, tráemelo, ¿quieres?—Muy gracioso —refunfuñó Makro—. ¡Lo que daría yo por tabaco de verdad, por un diario de entonces, impreso y vulgar, y no tener que estar viendo siempre las mismas grabaciones en video en esa maldita pantalla, para recordar que una vez tuvimos un mundo, unas ciudades, una civilización, un modo de ser y de vivir, en sol y unas estrellas siempre iguales, un arte, una ciencia, una política...! Y ahora, todo eso sólo son recuerdos, Zoltan. Escenas grabadas en una cinta visual, fragmentos de películas, escenas de *ballet*, conciertos sinfónicos o actuaciones de música ligera... Sólo sombras en unas cintas, en un cassette... Nada de eso queda ya. Sólo nosotros...

Zoltan no dijo nada. Se movió hacia la cabina de mandos para reunirse con Ghidar, en tanto Makro se dirigía al compartimento de la nave destinado al *mini— rocket*, o pequeño proyectil explorador adjunto a la nave-nodriza que era el *Omega-3*.

Encontró a Ghidar muy preocupado, inclinado sobre un panel de instrumentos de a bordo, contemplando una serie de cifras y diagramas matemáticos en una pantalla fluorescente de la computadora.

—¿Algo nuevo? —indagó Zoltan.

—Sí —asintió Ghidar, ceñudo, volviéndose a él—. *Una voz humana*.

—¿Qué? —se sobresaltó Zoltan, con un respingo.

—Lo que has oído: he registrado una voz humana.

—Pero eso... es imposible. No hay nadie ahí fuera. Si el objeto que captamos es transparente, lo que con— tiene sería visible, cuando menos. Y no hay *nada*. No se ve nada.

—Lo sé tan bien como tú. Pero escucha esto —dijo Ghidar, moviendo una tecla de aquel panel.

Se embobinó alguna grabación que acababa de ser analizada por la computadora, y tras el chirrido consiguiente, comenzó un suave zumbido que terminó con una frase nítidamente pronunciada en el lenguaje internacional que ellos conocían:

—...«Es mejor que se alejen. Déjenme sola. Yo debo salvar al universo... Estoy aquí para eso. No se aproximen. Necesito estar sola. Debo traer a la vida a Quien nos salvará de nuevo... Les advierto que....

Ahí se interrumpía la comunicación. Ambos se miraron. Zoltan tragó saliva.

—Y es una voz *de mujer* —susurró.

—Exacto. La primera que oigo desde que empezó nuestro sueño de siglos o de milenios, Zoltan —dijo gravemente Ghidar, irguiéndose, y volviendo a escudriñar con ojos pensativos las cifras y signos de la pantalla—. Excepción hecha de las grabadas en video, claro está.

—Esa voz también podría ser sólo una grabación magnética, procedente de alguna parte —señaló Zoltan, con repentino recelo.

—No, amigo mío —negó vivamente Ghidar—. Mira eso: la «Profesora» no puede estar equivocada en algo tan simple...

Zoltan miró a la pantalla. Las cifras y signos correspondían al análisis fonético de la voz recibida. Después, apareció una conclusión legible en pantalla:

«Mensaje recibido procede de voz original, no grabada. Una mujer joven. Voz educada, acento culto. Raza blanca..

—Dios... —murmuró Zoltan—. Lo que nos faltaba. ¿De dónde viene esa voz, Ghidar?

—No lo sé. Llegó por la banda de frecuencia variable. Puede ser remota o cercana. Eso no lo detecta la computadora.

En otro panel, se encendieron dos pantallas. Una visión interior del *minirocket* mostró a Makro sentado ante sus mandos, virtualmente tendido en el angosto reducto de aquel pequeño vehículo espacial donde como máximo cabían dos personas. La otra imagen era del exterior celeste, con el *minirocket* en movimiento en el negro vacío salpicado por las lejanas manchas luminosas de galaxias y estrellas.

—Estoy en camino —dijo la voz de Makro por un receptor de banda móvil—. He solicitado datos a la computadora central. La «Profesora» dice que son las coordenadas AZ-20/DS-53. ¿Correcto?

—Correcto, Makro —se apresuró a responder Ghidar, inclinándose sobre un micrófono,

—No veo nada aún en la zona señalada.

—Y posiblemente no lo veas hasta estar muy cerca. Navega con precaución para evitar un choque. Utiliza los proyectores infrarrojos.

Tal vez se haga visible en esa banda.

—Lo intentaré. Si no, probaré ultravioleta.

—Bien. Suerte, Makro. No intentes abordar nada, sea vehículo o asteroide. Examina su aspecto si llega a hacerse visible. Si no, pon en funcionamiento el analizador, para que nos facilite su estructura y naturaleza exactas.

—De acuerdo, Ghidar, Es lo que pensaba hacer —sonrió Makro, adaptando las gafas infrarrojas a su rostro—. Corto comunicación de momento, pero dejo abierta la banda de contacto con la computadora.

—Bien. Adelante.

Cortó la comunicación también Ghidar. Se miraron éste y Zoltan. Luego, acomodándose ante los paneles de mando, ambos reanudaron su tarea inmutables. Las pantallas iban revelando tanto la trayectoria de la pequeña nave como la imagen de su tripulante con absoluta normalidad.

Minutos más tarde, la voz de Makro surgió por la banda especial de emergencia.

—Lo veo, Ghidar —dijo.

Rápido, Ghidar abrió los canales de comunicación. Le apremió:

—¿Cómo te es posible verlo? Nosotros te tenemos en pantalla. Y estás tú solo aparentemente...

—Lo sé. Mi detector ha fijado su posición exacta. Lo veo en la frecuencia visual ultravioleta muy borrosamente. Tiene forma de óvalo.

—¿Ovalo? ¿De qué tamaño?

—Algo mayor que la longitud de un ser humano. Digamos unos dos metros cincuenta centímetros. Por un metro de altura y otro de anchura. Es una especie de huevo cristalino.

—¿Y...?—Nada más. No veo nada dentro. Se puede ver a 12 — través de él. Parece de cristal. Pero mis detectores señalan presencia metálica. Los analizadores también están trabajando, sus primeros datos técnicos hablan de una aleación metálica. Pero desconozco su naturaleza exacta. Voy a hacéroslo visible.

—¿En qué forma? —dudó Ghidar.

—Me aproximaré un poco más y le rociaré con polvo luminoso. Brillará como si fuera fosforescente.

—Ten cuidado. Si es una forma de vida o un vehículo espacial, podría pensar en una agresión al sentirse tocado por el polvo luminoso de situación.

—Hay que correr el riesgo. Si os aproximáis a él lo suficiente, es posible que los adherentes magnéticos de a bordo puedan atraer y apresar a ese extraño cuerpo para salir de dudas de una vez por todas.

—Como quieras, Makro. Adelante. Pero con muchas precauciones. Si ves hostilidad en esa especie de huevo invisible, no dudes en usar

tus proyectiles.

—Sólo lo haré si me veo en peligro, descuida. Ahora, prestad atención. Estoy aproximándome. Voy a usar el polvo luminoso...

Ambos hombres centraron su atención en la pantalla. Otro tripulante había hecho su aparición en el centro de control, llevando en sus brazos a un perrito marrón, de ojos vivaces y expresión graciosa, que movía alegremente su rabo y jadeaba dejando colgar su roja lengua fuera de la boca. Akhaar y su can parecían igualmente interesados en lo que sucedía allí, pero ni el perrito «Adam» ladró, ni su dueño despegó los labios para preguntar nada. Sus ojos se fijaron en la pantalla donde se movía el *minirocket* de Makro.

Súbitamente, emergió un chorro fosforescente, color plata, de la diminuta nave exploratoria. Se detuvo en un punto concreto del vacío, y comenzó a formar una especie de óvalo luminoso, flotando en la negrura espacial. Ghidar lanzó una imprecación de asombro, Zoltan resopló. Y «Adam» soltó un ladrido, como si aquello le excitara. Los dos hombres giraron la cabeza para mirar a Akhaar.

—Hola —dijo Zoltan—, ¿Sorprendido?

—Claro —gruñó Akhaar, dejando a su perro en el suelo—. ¿Qué diablos es eso? Parece cosa de magia. Donde no había nada, ahora se ve un huevo luminoso.

—Makro trata de hacer visible lo invisible, eso es todo —explicó Ghidar.

—Pero ¿qué es eso? —señaló Akhaar hacia la pantalla.

—Es lo que intentamos saber. De ahí pudo llegar un mensaje en voz humana. La voz de una mujer, Akhaar.

—¡Una mujer! —repitió éste, atónito—. No puedo creerlo...

—Pues así es —corroboró Ghidar, sin dejar de contemplar la pantalla. Añadió, dirigiéndose al astronauta—: Regresa, Makro. Veo que no hay reacción agresiva de ese objeto. Intentaré la aproximación por el lado de los adherentes magnéticos del fuselaje. Ojalá podamos atraerlo.

—¿No puede ocurrimos algo malo, si ahí dentro se encierra cualquier cosa horrible? —temió Akhaar, preocupada su expresión.

—Es posible —aceptó Ghidar, encogiéndose de hombros—Pero hemos hallado un objeto invisible a simple vista, del que quizá brotó una voz humana. Necesitamos saber qué es. Sólo así saldremos de dudas de una vez por todas. Si existe un peligro en ese cuerpo, ese peligro podría caer igualmente sobre nosotros aunque intentáramos eludirlo. Siempre me ha gustado coger al toro por los cuernos. Si pensáis de otro modo, que uno de vosotros me releve en el mando que vosotros mismos me concedisteis.

—Está bien, Ghidar, no es para ponerse así —gruñó Akhaar—. Haz lo que creas más inteligente. Sólo era un temor, una duda.

—¿Crees que yo no las tengo? —sonrió Ghidar, cansadamente—. Por eso intento siempre lo mejor para todos. Ese objeto me inquieta como a tí. Por eso quiero conocer su naturaleza. Si es un amigo, no habrá nada que temer. Si es inocuo e insensible, tanto mejor. Y si es un adversario en potencia..., prefiero conocerle más a fondo, por si hay un medio de combatirle. Antes de tocarlo de alguna forma, te aseguro que agotaremos nuestras posibilidades de análisis de ese curioso objeto flotante.

CAPITULO II

LA «Profesora» terminé su análisis exhaustivo del cuerpo adherido a la parte exterior del *Omega-3*, en su zona de atracción magnética. Las palabras surgieron rápidamente impresas en el verde luminoso de la pantalla de la computadora:

> «Cuerpo metálico. Aleación desconocida sin más datos. Materia invisible por refractar los rayos luminosos sin reflejarlos. Sin embargo, existe vida dentro.»

Esta vez, era la totalidad de la tripulación la que rodeaba a la «Profesora», con expresión ávida e inquieta. Ghidar tecleó, en busca de una respuesta a nuevas preguntas. No podía aportar muchos datos; por lo que temió una respuesta como la que recibiría momentos más tarde:

> «No hay datos suficientes. Desconozco clase de vida dentro del cuerpo analizado.»

Se miraron entre sí con desaliento. «Adam» estaba ingiriendo en un rincón su ración diaria de agua, tras hidratar unas cápsulas en el conversor alimenticio de productos concentrados. Parecía tranquilo y feliz, ajeno a toda preocupación. Tal vez era un síntoma, pero los cinco hombres revelaban incertidumbre y recelo en sus rostros.

—Puede ser una nueva forma de vida —señaló Straken, rascándose sus pelirrojos cabellos, erizados como las púas de un peine.

—Agresiva, quizás, incluso mortal para nosotros —corroboré Makro.

—O simples bacterias, formas primarias de existencia orgánica… Acaso letales, como dice Makro —señalé Akhaar, ceñudo.

—Claro qué pueden serlo —resopló Ghidar, malhumorado—, Pero eso no lo sabremos hasta abrir ese maldito huevo espacial y ver lo que hay dentro.

—Introducirlo aquí, puede ser peligrosísimo, Ghidar —apuntó Straken.

—Ya lo sé —secamente, el aludido se incliné sobre la computadora—. Voy a tratar de averiguar algo más. Después, yo personalmente me ocuparé de comprobar lo que hay dentro de esa

cápsula.

Tecleó con celeridad, esperando la respuesta de la «Profesora», Esta no se hizo esperar.

«Analizo superficie del objeto desconocido. Informaré.»

Hubo una espera. Todos se miraron entre sí, preguntándose qué se proponía Ghidar. Este, ceñudo, ni siquiera les miraba. Sólo estaba pendiente del zumbido monocorde de la computadora central, trabajando sin duda intensivamente en estos momentos.

Al fin, saltó una serie de líneas escritas a la pantalla:

> «Detectada existencia de abertura o escotilla en superficie del objeto tras análisis visual por medio de rayos X y detectores de superficie. Abertura en .su centro superior. Sólo puede ser activada desde el interior.»

La máquina cesó en su tarea. Era todo cuanto podía informar. La pantalla se apagó. Ghidar cambió una mirada de irritación con Zoltan.

—Ahora ya lo sabes —suspiró éste—. Hay una entrada. Pero nadie puede abrirla desde fuera.

—Abrirla normalmente, no —admitió Ghidar—. Pero la máquina no ha dicho nada de *forzarla*. Y eso es lo que voy a hacer.

—¿Te has vuelto loco? —clamó Zoltan—. ¡Si hay algo vivo y poderoso dentro, te hará pedazos!

—Y a nosotros también, por añadidura —apuntó Akhaar, dubitativo.

—Pensad lo que queráis. No pido ayuda a nadie. Voy a salir al exterior con el equipo de emergencias. Intentaré abrir esa escotilla con el cortador de metal y, si se resiste, con ácido corrosivo proyectado sobre sus bordes, hasta destruir los goznes, deslizadores o lo que tenga.

—Espera. Iré contigo —se ofreció Zoltan con rapidez.

Ghidar le miró sonriendo.

—Buen chico —dijo, complacido—. Vamos ya.

* * *

De no ser por el polvo fosforescente-adherido a su superficie oval, aquel cuerpo hubiera sido tan invisible como si estuviese hecho del más puro cristal. Ni una luz estelar se reflejaba en su superficie misteriosa y extraña.

Sólo unas dos terceras partes del óvalo espacial eran visibles con

la cobertura luminosa del polvillo disparado por Makro. Una de esas partes, necesariamente, abarcaba el acceso al interior señalado por la computadora.

—Pero, *¿qué* interior? —se preguntó Zoltan en voz baja, deambulando por el casco de la nave *Qmega-3*, con su indumentaria espacial, su escafandra plástica de vivo color y frontal transparente para el rostro, así como el calzado magnético que se adhería a la superficie de la nave—. Si es transparente, ¿dónde diablos puede haber nada?

—Tal vez no es *transparente*, Zoltan. Sólo invisible —le llegó la voz de Ghidar por el intercomunicador de su casco—. Y, por tanto, también lo de dentro puede ser invisible. O estar envuelto por la invisibilidad de ese casco fantástico.

La idea le resultó a Zoltan tan delirante, que no dijo nada. Los intersticios de la abertura eran prácticamente invisibles en forma normal. Pero graduando sus visores hasta darle un aumento considerable a la visual de sus pantallas, lograron descubrir unas finísimas líneas bajo el polvo luminoso acumulado en un punto.

—Es ahí —dijo Ghidar, emocionado—. Vamos allá, Zoltan. Tú cúbreme por si ocurre algo. Yo intentaré abrirlo.

Empuñó el cortametales, pulsando su interruptor. Zumbó el mecanismo, y al aplicarlo a la forma invisible, despidió centelleos azulados, chispas cegadoras. Sin embargo, el metal siguió inmutable. No pudo perforar la costra invisible.

—El ácido —manifestó—. Es la última solución.

Suplió el cortametales por una especie de inyector de poderoso corrosivo, con el qué empezó a regar las rendijas apenas visibles. Luego, esperaron ambos, en pie sobre el casco de la nave *Omega-3*.

Una humareda tenue brotó de las rendijas abrasadas. Ghidar, con una exclamación de júbilo, corrió a la trampilla, presionándola. Esta cedió con un crujido áspero. Ambos se enfrentaron con la sorprendente presencia de un rectángulo negro que parecía flotar en el vacío, allí donde no había nada: era la abertura al oscuro interior del cuerpo invisible.

—Uf... —le oyó murmurar a Ghidar— ¿Entramos, Zoltan?

—Puede ser peligroso. Y es tan estrecho... Deja que pruebe yo. Tú ya hiciste tu parte. Si algo sucede ahí, podéis pasar mejor sin mí que nosotros sin ti, Ghidar.

Tú eres necesario como jefe de la expedición. Sin ti, habría muchas dificultades para seguir la singladura, estoy seguro.

—Creo que no sucederá nada —manifestó Ghidar—. Ahí dentro, nada se mueve. Pero puedes entrar. Si es un descubrimiento importante, te cabrá ese honor. Si es un peligro..., no creo que por el hecho de que otro se quede fuera no le alcance el mismo mal. Vamos,

Zoltan, te cubriré con mi arma.

Esgrimió una pistola eléctrica, mientras Zoltan se movía pesadamente hasta la abertura fantástica a la que parecía ser un vacío sin nada dentro. Pero cuando introdujo dificultosamente Zoltan su cabeza y brazos por la abertura negra y dio a un interruptor de luz, algo fantástico ocurrió ante sus ojos.

Dentro de lo invisible, todo era *visible*. Había allí paredes cóncavas, mandos para tripular la diminuta nave oval, tuberías, instalaciones...

Y en medio de todo ello, en un tubo de vidrio hermético, tendida e inerte, como dormida, o acaso muerta, una hermosísima criatura. La mujer más bella que Zoltan había visto en su vida, incluidas las bellezas humanas que sobrevivían en las grabaciones de televisión de a bordo...

* * *

El diagnosticador automático de la «Profesora» emitió su dictamen, tras el examen minucioso del cuerpo de la paciente, tendida en una mesa y cubierta en su pecho, cabeza, brazos y piernas, por los electrodos conectados a la computadora:

> «Estado físico, normal. Buena salud. Equilibrio psíquico perfecto. Sin indicios de dolencia alguna. Humana, raza blanca, unos 20 años. Sumida en coma profundo. Sueño artificial. Sin datos suficientes para proceder a despertarla.»

Luego, añadió uña última línea que dejó atónitos a todos:

> «Está embarazada.»

Ghidar, Zoltan y los demás cambiaron entre sí miradas de inmenso estupor.

—¡Embarazada! —jadeó Straken—. ¿Cómo? ¿De quién? Viajaba sola ahí dentro, ¿no es cierto? Y tal vez lleve años enteros viajando por el espacio dentro de esa nave...

—No sabemos, Straken —suspiró Zoltan—. Puede venir de algún mundo remoto donde el embarazo sea cosa de años o de siglos, no podemos estar seguros de nada.

—¡Pero es humana! —protestó Akhaar—. Por tanto, debe actuar normalmente en terreno biológico también.

—Humana... y muy bella —susurró Makro, sin quitar sus ojos de

la bellísima figura allí tendida.

Nadie objetó nada a ese comentario. No les hubiera sido posible hacerlo, porque todos estaban en total acuerdo con el joven astronauta. Aquella mujer era hermosísima. Un verdadero prodigio de belleza física en todos los sentidos. Desde el óvalo perfecto de su pálido rostro sereno, de largas pestañas doradas, recta y suave nariz, boca carnosa y bien dibujada, largo cuello, senos adolescentes, suaves caderas, largas piernas como modeladas por un escultor prodigioso, y todo ello adornado con la nota de oro de unos resplandecientes cabellos sedosos, derramados sobre sus hombros desnudos y parte de sus aterciopeladas mejillas. Las manos, largas, sensitivas y muy blancas, descansaban sobre los pechos pequeños y turgentes.

Estaba total, absolutamente desnuda, con la excepción de un cinturón de material rojo brillante, sobre el cual una especie de hebilla que nadie había logrado desprender, mostraba su disco dorado con una serie de cifras y signos que no eran inteligibles para los presentes. Sin embargo, su desnudez no resultaba procaz, sino virginal, delicada, tierna y suave. Los hombres, aun tras tanta abstención sexual, sólo podían mirarla con asombro y admiración. Pero eso sí, maravillados por su belleza increíble.

—Me gustaría saber cómo saldrá de su sueño… —comentó Straken, pensativo.

—A mí también —corroboró Ghidar, ceñudo, paseando en torno a la muchacha inmóvil—. La hemos trasladado aquí dentro con esa idea, pero de momento carecemos de datos para que la «Profesora» nos explique cómo…

—¿Qué tal era el interior de su nave? —se interesó Akhaar, curioso.

—Extraño —respondió Zoltan—. Pero adecuado para una larga existencia en el espacio. Un tubo de suspensión animada, alimentos concentrados, hidratos en cápsulas, un sistema manual y otro automático de dirección y control de la nave…

—¿De dónde procede ese vehículo? ¿Había alguna pista a bordo? —indagó Makro.

—No, ninguna. No sé de dónde pudo llegar. Pero no había nada fantástico a bordo, salvo el hecho de que una superficie invisible ocultase un interior totalmente visible y normal, incluida su propia navegante.

—Sin duda se trata de un verdadero hallazgo revolucionario —señaló Straken—. ¿Os imagináis un ejército metido en vehículos invisibles? No habría nadie capaz de vencerlo…

—No pienses ahora en guerras, Straken —se irritó Ghidar—. Ya tuvimos bastante con la nuestra. Yo estaba pensando otra cosa: venga de donde venga, esta muchacha conoce el lenguaje internacional que

se habló en nuestro planeta en los últimos tiempos...

—¿Qué lenguaje?

—El habitual, el que servía para comunicarse entre naciones y continentes y entre colonias espaciales de diversas razas y países...

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —se sorprendió Straken.

—La grabación. Tuvo que ser ella quien habló, dirigiéndose a nosotros desde esa nave invisible. Escuchad...Conectó la computadora. De nuevo la voz suave, femenina, dulce y profunda, sonó en la cámara:

> «Es mejor que se alejen. Déjenme sola. Yo debo salvar al Universo. Estoy aquí para eso. No se aproximen. Necesito estar sola. Debo traer a la vida a Quien nos salvará de nuevo. Les advierto que...»

El silencio que siguió fue profundo. Todos miraron a la joven dormida, con una mezcla de temor y asombro.

—¿Ella habló todo eso? —dudó Straken.

—Así parece ser. Observad: está embarazada. Por tanto, coincide con su frase de «debo traer a la vida a Quien nos salvará de nuevo....

—Pero no entiendo. Eso sonaba como una advertencia. Pedía que la dejáramos sola.

—Tal vez cuando despierte, nos aclare el enigma —dijo Ghidar, sombrío—. Procuraremos mantenerla con vida, en estado de hibernación, en una de nuestras cámaras. Antes solicitaré datos a la computadora para no correr riesgos. Y también tengo otra idea que puede aclarar algo...

Tecleó en el tablero de la «Profesora». No sólo proporcionó datos, sino que leyó detenidamente cada cifra y signo de la hebilla circular del cinturón rojo, y lo imprimió todo en la máquina, esperando la respuesta.

Funcionó la computadora con su zumbido suave e inconfundible. Luego, llegó la respuesta que esperaba:

> «Puede ser conservada en hibernación normal como cualquier ser humano, sin peligro para su persona.»

Después, nuevas líneas aparecieron en pantalla, para pasmo de todos:

«Datos facilitados indican que esta mujer ha sido inseminada artificialmente, para engendrar en su vientre al "superhombre". Eso dice el mensaje grabado que me ha sido facilitado. Está escrito en clave criptográfica utilizada por servicios secretos militares y políticos del planeta Tierra.»

—¡La Tierra! —clamó Zoltan, palideciendo, fija su mirada atónita en ella—. ¡Esa mujer... viene de la Tierra!

—Igual que nosotros —jadeó Ghidar, anonadado, contemplando a sus compañeros de viaje con auténtico horror.

CAPITULO III

—IGUAL que ustedes, sí —corroboró ella, lentamente—. Procedo del planeta Tierra. Y son los primeros seres que veo desde que abandoné mí mundo.

—Lo mismo nos sucede a nosotros —respondió Ghidar, lentamente—. ¿Cuándo inició usted el viaje espacial?

—No... No puedo saberlo exactamente. No en tiempo convencional, por supuesto. Permanecí mucho tiempo crionizada en esa cápsula... Pero recuerdo la fecha que salí de la Tierra, en relación con nuestro tiempo, por supuesto.

—¿Qué fecha fue ésa?

—Diez de octubre del año 2250.

—El año 2250... —repitió Zoltan, muy despacio—. Sólo treinta y siete años antes del gran desastre.

—¿De qué desastre hablan? —se angustió ella, volviéndose para mirar a Zoltan con sus inquietantes y extraños ojos ambarinos de dorados reflejos.

—Del último. Del *total* —suspiró Zoltan—. El Caos Definitivo.

—¿Quiere decir que.., que realmente... *ocurrió*?

—Ocurrió, sí —afirmó Ghidar, sombríamente—. En el año 2287. En junio. El holocausto. El fin.

—Dios... —ella inclinó su cabeza, abatida—. ¿Quién tuvo la culpa?

—¿Qué más da eso ya? —Ghidar se encogió de hombros—. Si sigue a bordo, lo podrá ver en nuestras videocasetes. Pero importa poco quién lo empezó y quién lo terminó. Lo cierto es que ocurrió.

—¿Y la Tierra?

—Sigue allí. Donde la dejamos. Pero ya no es la misma. No vivirían en ella ni las ratas. No hay nada. Ni nadie. No lo habrá durante siglos.

—¡Qué horror!

—Y qué locura —sentenció Zoltan—. Siempre estuve seguro de que sucedería. El hombre se destruyó a sí mismo. Es el único animal capaz de hacerlo. Y lo probó.

—Dejemos ahora eso. —Ghidar no quitaba sus ojos de la mujer que había vuelto de la inconsciencia y ahora estaba hablando con ellos, empezando el interrogatorio más fantástico imaginable, a años-luz de la Tierra, a bordo de una nave donde viajaban los cinco últimos supervivientes de la raza humana—. Hablemos de usted. Es mucho más interesante para todos.

—Sí, imagino que sí. Ustedes se preguntarán tantas cosas de mí...

—ella sonrió tristemente, afirmando—: Pregunten. Puedo responderles a todo, siempre que sea relativo a mí, a cuanto yo sepa y pueda aclararles.

—Su nombre, ante todo. Aún no sabemos cómo se llama —sonrió Ghidar.

—Lyvia.

—Lyvia… Es un bonito nombre. Usted también es muy bonita.

—Gracias —pudorosa, pareció darse cuenta por vez primera de que estaba desnuda ante la mirada de varios hombres, y enrojecieron levemente sus mejillas, llevando ambas manos al pecho, para cubrir sus hermosos senos virginales—. Dicen que me eligieron por eso…

—La eligieron, ¿para qué?

—Fue un proyecto ultrasecreto del Gobierno.

—¿Qué Gobierno, exactamente? Ignoramos aún su nacionalidad. Su lenguaje es el internacional y no nos aclaró ese punto…

—El Gobierno de la Confederación de Estados Occidentales —dijo ella, con lentitud.

—Sí, claro. Debí imaginarlo. ¿En qué consistía ese proyecto, y por qué la eligieron a usted para algo ultrasecreto? Antes, la computadora nos ha dicho que usted… que usted está…

—¿Embarazada? —se miró el vientre, mientras Zoltan, piadoso, con su pudor, le tendía una capa de material artificial, que ella aceptó agradecida, cubriendo su desnudez entre sus pliegues—. Gracias… Sí, es cierto. Estoy embarazada.

—Pero usted llevaba treinta y siete años cuando fue introducida en esa nave invisible —recordó Straken, que era el tercer testigo del interrogatorio, tras haber sido despertada ella de su letargo por medio del tratamiento que indicara la computadora central—. Y podríamos calcular, al menos, otros dos o trescientos años más de tiempo terrestre, aunque en el espacio y en hibernación durante un largo período, todos hayamos vivido en realidad como un par de años terrestres… Demasiado tiempo para… para engendrar un hijo. Y no había nadie más que usted a bordo de esa nave…

—Es un programa especial de inseminación artificial. No sigue el ciclo normal de embarazo conocido. Se injerta el espermatozoide especialmente tratado. Y su proceso biológico varía con las circunstancias ambientales. Durante la hibernación nada se produce. El período de gestación es diferente a todo lo conocido.

—¿Cuánto, exactamente? —se interesó Straken, que era el de más amplios conocimientos médicos a bordo.

—No lo dijeron. Pero aseguraron que un día, en el espacio exterior, lejos de la Tierra, daría a luz al Superhombre.

—El Superhombre… —repitió Ghidar, pensativo—. De eso habló la computadora al analizar el mensaje de su cinturón. De esa placa

circular, quiero decir.

—Ah, la placa... —ella asintió, mirando el disco dorado de su rojo cinturón—. Sí, ahí inscribieron en un lenguaje cifrado ciertos detalles del proyecto, por si era hallada en mí viaje espacial por algún grupo inteligente que pudiera ayudarme.

—Veamos el asunto por partes, Lyvia —habló pacientemente Ghidar—. ¿Por qué tenia que tener ese hijo lejos del planeta Tierra?

—Porque formaba parte del programa previsto. Sólo fuera de mi mundo podía nacer el Superhombre.

—Hablaremos luego de ese punto, Lyvia. Dígame, ¿cuánto imagina que falta para que nazca su... su hijo artificial?

—Lo ignoro. Apenas si se aprecia algo en mi vientre. Y no noto problemas. Pero es un proceso especial, ya se lo dije. Puede nacer en cualquier momento, sin previo aviso.

—¿Y lograron descubrir un material invisible que, sin embargo, resultaba visible interiormente, para enviarla con esa nave al espacio?

—Exacto. Eso sí me lo dijeron. Me advirtieron que no sería vista por nadie, dentro de mi cápsula viajera. Sin embargo, para mí todo sería normal. Se trataba de una nueva aleación metálica de raras propiedades, capaz de hacerse invisible exteriormente.

—Se tomaron muchas precauciones para preservar esa gestación suya, Lyvia —apuntó Zoltan, pensativo—. ¿Por qué? ¿Qué es, exactamente, el Superhombre?

—Exactamente lo que su nombre significa: un ser superior. Una criatura excepcional. El compendio de la perfección absoluta entre los humanos.

—Entiendo. La idea es que fuera de la propia Tierra naciese un hombre perfecto. Un superhombre. Pero, ¿con qué finalidad?

—Tampoco fui consultada sobre eso. Se me eligió a mí y tuve que aceptar.

—¿Por qué, Lyvia? —preguntó Zoltan—. ¿Por qué tuvo que aceptar?

—Me obligaron a ello.

—Existiría un motivo. En el año 2250 existía una democracia en el mundo entero. Nadie podía ser obligado a nada...

—Eso no es exacto —sonrió ella, tristemente—. Yo... yo era una reclusa. Estaba condenada a muerte.

—¿Usted? —parpadeó Ghidar, sobresaltado,—Sí —la sonrisa se borré del bello rostro femenino—. Me dieron a elegir: o morir ejecutada legalmente... o aceptar la inseminación artificial para ser la madre del Superhombre. La madre de una nueva forma de humanidad, por antonomasia. Así me lo dijeron ellos textualmente.

—Y usted aceptó sobrevivir..., aunque fuese en el espacio, a bordo de una pequeña nave individual..., esperando dar a luz a alguien que

ni siquiera es realmente hijo suyo, sino un producto de laboratorio .— señaló Zoltan, con sarcasmo.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —gimió ella, retorciendo sus dedos entre sí al enlazar ambas manos—. Deseaba seguir viviendo. Todo el mundo lo desea... Bueno, lo deseaba cuando existía el mundo.

—Esperemos que en alguna parte sigan existiendo otros mundos —comentó Ghidar, pensativo.

—Yo me refería exclusivamente al mío, al que conocía. No quería morir. Es humano, ¿no creen?

—Sí, por supuesto. No estamos acusándola de nada. Ni siquiera tratamos de censurarle cosa alguna. Sólo queremos saber lo que sucede exactamente. Dice que aceptó ser el cobaya del experimento.

—Sí, lo acepté a ciegas. Era mi gran oportunidad de sobrevivir. Me llevaron a un centro de experimentación biológica de los Estados Federales de Occidente. Allí me sometieron a todas las pruebas iniciales. Los resultados fueron positivos en un cien por cien.

—Y fue elegida la madre por excelencia —comentó Zoltan, irónico.

—Algo así —la sonrisa de ella fue más bien amarga—. Me destinaron después a una unidad genética especial, donde un equipo de expertos en biología, genética y ginecología especializada, me sometieron a una prueba final, antes de inseminarme con los espermatozoides del procreador elegido.

—¿Quién era él? ¿Lo llegó a saber? —terció Straken, con vivo interés científico.

—No, no —negó ella con languidez—. ¿Cómo iba a saberlo? Yo, para ellos, no contaba. No era un ser humano propiamente dicho. Solamente un objeto, un conejillo de indias en un gran experimento biológico. Ni siquiera me especificaban detalles. Se limitaron a hacer el injerto en la matriz. Luego me enviaron a una cámara especial donde debía permanecer en total aislamiento durante un período de tiempo, en total asepsia y en una especie de suspensión animada. Yo podía ver, pensar, pero no moverme, hablar ni alimentarme. Perdí la noción del tiempo. De allí pasé a una segunda cámara, donde me hicieron análisis, me inyectaron infinidad de fármacos, y finalmente me introdujeron en la cápsula invisible, que ellos llamaban «Caballo de Troya.»

—«Caballo de Troya» —rió Zoltan—. Tiene gracia. El camuflaje perfecto. No estaba mal aplicado el nombre. Esa nave invisible podría introducirse en cualquier lugar, sin que nadie lo advirtiese (1).

—Siga, Lyvia, por favor —rogó Ghidar, que seguía con sumo interés las explicaciones de la muchacha.

—Poco me queda por contar. Una vez dentro de la cápsula, sé que fui lanzada al espacio exterior. Mi destino eran las estrellas, otras

galaxias, los más remotos confines del Universo, a velocidad casi superior a la de la propia luz, en esa pequeña nave biónica...

—¿Por qué?

—¿Qué dice? —Lyvia se volvió hacia Straken, que era quien había hecho la repentina pregunta.

—¿Por qué tenía que dirigirse tan lejos a dar a luz a esa criatura artificial?

—No lo sé. Ya le dije que...

—No, no, por favor, Lyvia. No le hacía la pregunta a usted. Sé que no tiene respuesta alguna. Me la hacía a mí mismo en voz alta. Me pregunto eso: por qué tuvieron que tomar tal decisión. ¿Qué significa, exactamente, tener ese hijo en un lugar que no sólo no sería la propia Tierra en que fue engendrado, sino que incluso nacería en un punto tan lejano que jamás le permitiría regresar a su mundo de origen?

_____

(1) Como es sabido, el caballo de Troya fue el truco utilizado por Ulises para introducir, dentro de un gran caballo hueco de madera, a un cuerpo de ejército tras los muros de la ciudad sitiada de Troya, en La Ilíada de Homero. (N. del E.)

—Straken tiene razón —confirmó Zoltan, pensativo—. Hay algo raro en todo esto, Lyvia, si pudiéramos saber algo más de esa criatura que lleva en-su vientre...

—Me temo que no me sea posible ayudarles —suspiró ella, con sonrisa cansada—. No sé nada de nada. Creo que, lo mismo que esa nave invisible me portaba a mí, yo soy un simple vehículo de... de alguien llamado «Superhombre».

—Precisamente un «Superhombre» —apuntó Ghidar, ceñudo—. ¿Por qué? Hay demasiadas incógnitas, demasiados enigmas en todo esto y...

—¡Ghidar! —tronó la voz de Akhaar por un intercomunicador de a bordo—. ¡Ghidar, hay novedades importantes! ¡Por favor, ven pronto a la cabina de mandos!

Ghidar se incorporó con rapidez, miró a Zoltan y a la muchacha, y dijo bruscamente, antes de abandonar la cámara:

—Sigue tú con ella, Zoltan, si es que no está cansada de tanta pregunta. Yo iré a ver lo que sucede.

—Sí, Ghidar —asintió Zoltan—. Lyvia y yo tomaremos algo en el salón de recreo. ¿Puedo llevarla allí?

—No veo motivo para que no vaya —dijo Ghidar desde la salida —. Su estado físico y mental, según la «Profesora», es normal. Id y tomad algo. Creo que con calma, como si fuese una simple conversación de café de otros tiempos más felices, allá en la Tierra, se pueden conseguir muchas más cosas que acorralando a esta pobre

muchacha con interrogatorios exhaustivos.

—Gracias —dijo Zoltan, cuando ya Ghidar se ausentaba definitivamente—. Vamos, Lyvia. Charlaremos ante un café o un refresco, en un lugar muy tranquilizador. ¿Vienes tú, Straken?

—No podría ir, aunque es lo que más deseo —suspiró Straken, señalando a la pared—. Mira, es la luz verde de emergencia. Eso significa que me necesitan en mi puesto. Ve tú con ella. De momento, parece que no son necesarios tus servicios.

—Sí, creo que aprovecharé el momento. Pero avisadme si ocurre algo serio.

—¡Qué remedio! —rió Straken, saliendo tras Ghidar—. Si ocurre eso que dices, todos seremos necesarios...

Zoltan y Lyvia se quedaron solos. Echaron a andar por un corredor cilíndrico, de azulada luminosidad, camino de la amplia y confortable sala de recreo a bordo, donde siempre había una temperatura suave, se oía música ambiental, y se podía leer directamente en las pantallas de ampliación de la biblioteca microfilmada. En un ángulo de la sala, el monitor de televisión tridimensional podía exhibir los videocassettes que formaban el archivo histórico de la Tierra, la única evidencia de que un día, en un remoto planeta de un pequeño sistema solar, existió una orgullosa y absurda raza de hombres capaces de aniquilarse entre sí, después de haber llegado a la cumbre del progreso.

—Es un lugar encantador —comentó ella, acomodándose con un suspiro en uno de los muelles y suaves butacones de aire—. Como volver al confort de los viejos tiempos.

—Pura ilusión —rió Zoltan, cínicamente—. Afuera sólo hay vacío, estrellas lejanas, galaxias aún más remotas, y mundos sin habitar. Un Universo hostil, duro y frío, donde el ser humano parece un náufrago perdido para siempre.

—¿Por qué se salvaron ustedes cinco del gran desastre? —preguntó ella, de repente.

—Es una curiosa historia, Lyvia —sonrió Zoltan, meditativo, pulsando un botón del proveedor de consumiciones—. ¿Refresco, café, té...? No hay licores a bordo, salvo para casos de emergencia médica.

—Café, por favor. Solo.

—Bien. —Volvió a pulsar el mismo resorte—. Tenemos el mismo gusto. Salieron dos tazas plásticas con el café humeante, del receptáculo destinado a servicios. Zoltan puso una ante la joven. La música sonaba suave, como fondo amable, en la amplia sala circular, de grandes vidrieras asomadas a falsos paisajes terrestres hechos de mares» campos y ciudades, todo ello en simple fotografía luminosa.

—Alguien había pensado en salvar a algunos humanos cuando se vio encima el caos definitivo —comenzó Zoltan, dando vueltas al

azúcar en su café, la mirada perdida en aquellos falsos panoramas de su lejana y ya perdida tierra de origen—. Pero la idea original era muy otra. Se trataba de salvar a la propia Humanidad. Esta nave está diseñada especialmente para conservar en ella a seis personas. Seis humanos y algunos animales. Ahora sólo está el perrito de Akhaar, «Adam». Un chucho vulgar, pero simpático. Y cinco hombres. Ni una mujer. Se pensó en enviar a los espacios a tres hombres y tres mujeres. Pero falló todo. Ya era puro desastre el mundo entero, cuando un puñado de supervivientes, milagrosamente a salvo, decidimos subir a bordo y ocupar esta nave, la *Omega-3*, justo en los últimos momentos de nuestro mundo.

—De modo que son ustedes... *Los últimos,*

—Sí. Los últimos. Nunca mejor empleada esa palabra.

—Y ni una mujer a bordo...

—Ni una —sonrió amargamente Zoltan, moviendo la cabeza en sentido negativo—. Trágico, ¿no? No sólo estamos condenados a no conocer nunca más el desahogo sexual mientras vivamos, sino que aquí, con nosotros... se extingue la humanidad.

—Pero ahora... estoy yo.

Lo dijo de un modo curioso. Especial. Apenas eran palabras. Sin embargo, significaban tanto, encerraban tantas cosas, tantas sugerencias...

—Sí. —Zoltan la miró largamente. Se estremeció—. Ahora está usted, Lyvia. Pero no somos salvajes ni fieras. No vamos a aprovechar esta ocasión. Somos personas serenas, equilibradas. Usted será, ahora, el sexto compañero. Hay equipo y sitio para usted en la nave, hasta que encontremos un mundo habitable.

—También son hombres, Zoltan. Y yo mujer. Dadas las circunstancias, me temo que no haya elección. Hemos de convivir. Eso implica ciertas condiciones de vida que no son las que llevaron hasta ahora a bordo, al despertar de su letargo inicial. Y tampoco las que llevaba yo, hibernada en aquella cápsula.

—Es cierto —la volvió a mirar—, ¿Y usted se adaptaría a esas circunstancias?

—Tengo que hacerlo —sonrió ella, con expresión indefinida—. Soy mujer. Yo significo quizá la continuidad del ser humano. O su extinción definitiva.

—Cierto. Pero nadie podrá pedirle un sacrificio así...

—No será necesario. Yo expondré los hechos fríamente. No será tanto sacrificio. A fin de cuentas, sería el sueño de una ninfómana: cinco hombres para una sola —rió de buen humor—. No puedo elegir una pareja. Sería injusto e intolerable para los demás. Eso rompería el equilibrio psíquico y moral a bordo. Seré de todos.

—Pero usted no es una ninfómana, Lyvia.

—No, no lo soy —sonrió dulcemente ella—. Era virgen hasta que... hasta que fui inseminada en la Tierra.

—Es verdad. El Superhombre... —la estudió, aprensivo—. ¿Qué va a suceder ahora con él, si se queda a vivir con nosotros en el *Omega-3*, como es irremediable?

—Pues que nacerá, como está programado.

—Pero... ¿*cómo* será ese Superhombre? ¿En qué sentido será superior?

—Sé tanto como usted mismo al respecto. Yo...

En aquel momento, la nave se bamboleó intensa y peligrosamente. Lyvia salió disparada de su asiento, yendo a caer en el de Zoltan. Los brazos de éste la acogieron, mientras las tazas de café se desparramaban por el suelo.

—¿Qué es lo que sucede? —jadeó Zoltan, alarmado, sujetándola contra sí para evitar que la hermosa joven rodase por el amplio salón de recreo.

—Dios mío, ¿cree que es algún impacto? —musitó ella, asustada.

—Esta nave está diseñada para evitar impactos con meteoros y cuerpos celestes errantes —murmuró Zoltan, ceñudo, mientras toda la nave vibraba con fuerza—. Los repele o se desvía de su curso, según los casos. No puedo entender qué ocurre...

Por los altavoces de a bordo, les llegó la potente voz de Ghidar, anunciando a toda la reducida tripulación:

—¡Alerta! ¡Todos a sus puestos! ¡Que la muchacha ocupe el asiento vacante en la cámara de mando! ¡Todos aquí, de inmediato! ¡Hemos entrado en la zona orbital de algún planeta de gran poder gravitatorio, que nos atrae irresistiblemente! ¡Alerta máxima a bordo! ¡Atención todos!

CAPITULO IV

ALERTA máxima.

Una situación difícil para los astronautas. Evidentemente, cuando Ghidar tomaba tal medida, es que el momento era delicado. Peligroso.

Más que eso. Era *muy* peligroso.

Zoltan y Lyvia, al acudir precipitadamente, entre bamboleos intensos de toda la nave que hacían mantener un precario equilibrio, comprobaron eso no pasando mucho tiempo.

Todos reunidos en la cámara de mandos, incluido el buen «Adam», que parecía muy asustado, tendido en un asiento especial y sujeto por correas para no rodar, miraron hacia las amplias pantallas visoras que, distribuidas en semicírculo ante ellos, mostraban todo el paisaje cósmico en el que se hallaban.

El planeta era ya visible.

Grande, muy grande, de un color intensamente púrpura, destacaba en el negro vacío estelar, con su estructura esférica, gigantesca, rodeada de bramas densas que, en muchos tramos, se abrían lo suficiente para dejar ver la singular coloración purpúrea de su superficie.

—Es, al menos, tan grande como Júpiter —señaló roncamente Akhaar, tras dirigir una preocupada mirada a su perrito, que emitió un quejido al verse observado por su amo—. Y posiblemente sea tan poco habitable como él.

—Sí va a ser una tumba para todos nosotros, lo será sin remedio, Akhaar —replicó Ghidar, sombríamente—. No puedo controlar los mandos. La nave desciende a velocidad de vértigo hacia ese mundo. Su fuerza de atracción es enorme. Incluso superior a la normal en un planeta de sus dimensiones. Es posible que el campo gravitatorio sea muy intenso en esa masa cósmica.

—¿No crees que se pueda frenar, antes de alcanzar su atmósfera? —apuntó Straken, —ceñudo—. Si entramos en ella a esta velocidad, por ligera que sea, nos incendiará sin remedio.

—Ya lo he pensado. Por eso no utilizo apenas combustible. Sencillamente, dada la imposibilidad de resistir la caída, nos dejamos caer, frenando en lo posible el descenso. Trato de acumular energía para que luego la refrigeración del fuselaje funcione a plenitud, y no podamos incendiarnos en esa atmósfera. Pero de todos modos, si no logramos frenar la caída, poco importará que lleguemos a su suelo indemnes o no. Nos haremos un millón de pedazos al estrellarnos en él.

—¿Y los frenos especiales? ¿No crees que resulten? —apuntó

Zoltan, preocupado.

—Si la fuerza gravitatoria es tan grande, lo dudo mucho, Zoltan. —Ghidar accionó unos controles, y la vibración a bordo se hizo menos intensa—. Pero de momento, funcionan. Los quitaré para no consumir energía estérilmente.

Volvió a accionar los mandos, y la vibración volvió. Los rostros de todos se mantenían vueltos hacia la imagen reproducida en las pantallas visoras. El enorme cuerpo púrpura se aproximaba casi a ojos vistas, pese a la gran distancia a que se hallaban aún de él Alrededor de ellos, eran visibles los fulgores luminosos de algunos flotantes cuerpos celestes. Todos los observaron.

—Asteroides —señaló Akhaar—. Forman un cinturón en tomo a ese planeta. La luz púrpura no es propia. Vedlo: es simplemente reflejada, como ocurría en la Tierra. Algún sol purpúreo brilla en este sistema solar de enormes proporciones.— ¡Miradlo! —señaló Straken —, Allá, en la distancia, hacia el nor-noroeste...

Todos los ojos buscaron en una de las pantallas, la de visión panorámica de la zona estelar. Ghidar amplió la visual con un giro de dial, y centró el objetivo televisor en la distante mancha luminosa que Straken había descubierto.

—Un sol inmensamente grande —farfulló Zoltan—. Es colosal, vedlo. Debe estar a una distancia increíble de nosotros, y aun así su brillo es cegador...

—Yo diría que está al menos a cinco años-luz —señaló Ghidar—. Su fuego debe ser terrorífico.

Ciertamente, era una masa púrpura centelleante, una singular estrella de color flotando en la negrura sin fin. Su luz era la que reflejaba el planeta desconocido al que eran atraídos.

—Al menos centuplica a nuestro sol —señaló Akhaar, impresionado.

—Dios mío, ¿dónde estaremos realmente ahora? —se preguntó Lyvia, en voz alta—. ¿Qué misterioso confín del Universo será éste?

—Sólo Dios lo sabe —apuntó Ghidar—. No tenemos carta cósmica de esta zona. Pero calculo que no distamos demasiado de Andrómeda...

—¿Tan lejos hemos podido llegar en nuestro sueño de hibernados? —se asombró Straken—. Son demasiados años-luz, Ghidar...

—Hay datos técnicos en la computadora que parecen confirmar esa idea. Tal vez la nave biónica, en determinados momentos, salvó realmente la barrera lumínica, y entonces ya es todo posible, incluso surcar un millón de años-luz en unos pocos años reales de nuestro concepto del Tiempo... No sé, amigos. Todo esto es demasiado confuso para entenderlo bien. Y sólo éramos alumnos de astronáutica cuando

ocurrió todo y pudimos tomar esta nave para huir de la Tierra contaminada y envenenada por nubes de muerte... Ahora estamos ante algo demasiado grande y desconocido para nosotros. Creo que vale más no preguntarse nada, y dejar que las cosas ocurran como tienen que ocurrir.

—Al parecer, lo que tiene que ocurrir es bien sencillo, Ghidar —respondió sombríamente Straken—. Tenemos que morir aplastados en ese planeta que desconocemos...

—Aún no hemos muerto —terció con optimismo Zoltan—. Creo que lucharemos todo lo que esté en nuestras manos para evitarlo, ¿no es cierto, Ghidar?

—Bien cierto —suspiró éste—. Por si acaso, estad todos atentos y tened las manos junto a vuestros propios controles. Si alguien falla, que los demás actúen por él. Hemos de pulsar todos los sistemas de freno y de refrigeración de a bordo, cuando estemos a corta distancia de esa atmósfera... Ahora pondré en funcionamiento los sistemas de análisis de la computadora, para que, si llega el caso de salvar nuestras vidas, sepamos la clase de mundo en que estamos, y la atmósfera que aguarda fuera de esta nave...

Manipuló los controles del panel de la «Profesora», y luego esperó, tenso, como todos sus compañeros, el momento de aproximación a la atmósfera planetaria. La computadora estaba programada para, llegado el momento, advertir de la proximidad de esa zona.

Cuando la pantalla se iluminó en rojo y apareció la frase, supieron que ya estaban a punto de penetrar en la atmósfera desconocida, quizá mortal:

«Atención máxima. Atmósfera ante la proa.
Faltan diez segundos para penetrar en ella.»

Ghidar y los demás, crispados, pálidos, aferrados a sus asientos, extendieron sus dedos enguantados sobre los tableros de botones de control...

Y los diez segundos, implacables, comenzaron a contar en la pantalla del computador:

Uno..., dos..., tres..., cuatro...

* * *

Nueve..., ¡Diez!

Toda la nave se conmovió. Un sonido agudo, sibilante, zumbó fuera, casi ensordecedor. La vibración a bordo resultó casi insoportable, haciendo temblar cada nervio, cada músculo, cada fibra de aquel puñado de atemorizados seres humanos que luchaban por la

supervivencia propia y la de su especie.

La nave *Omega-3* ya había penetrado, como un proyectil, en la densa atmósfera del planeta púrpura.

Ahora, el descenso hacia la superficie de aquel mundo, era como un vertiginoso frenesí que podía terminar con su muerte, aplastados contra el suelo, si antes no se encendían, estallando en una llamarada fugaz, pese al funcionamiento, a toda potencia, de los sistemas de refrigeración de la nave. Los frenos, presionados igualmente a fondo, no parecían ejercer la menor acción sobre aquella tremenda fuerza gravitatoria.

Distorsionados, como aplastados contra sus propios asientos, sujetos por los correajes de seguridad de a bordo, los seis navegantes no podían siquiera moverse, y sus ojos desorbitados, tras las máscaras de oxígeno de sus indumentarias aislantes, seguían en el torbellino de imágenes de las pantallas y en la delirante carrera de cifras de la computadora, aquella zambullida terrorífica en lo desconocido.

El tiempo dejó de existir para ellos. Las sensaciones físicas y mentales, también. Aquel descenso en picado, perforando la densa atmósfera del mundo ignorado, pudo durar segundos, minutos... o quizá años de su tiempo en el planeta Tierra.

Luego, de repente, tuvo un final.

Un final que, por fortuna, no fue el que todos temían y esperaban. Un final en el que los refrigeradores de fuselaje rindieron a tope, evitando que se inflamase fatalmente la nave. Y un final, también, en el que sus sistemas de freno dieron resultado, pese a todo, deteniendo la vertiginosa velocidad de caída, y haciendo que el último tramo de descenso fuese lento, pausado, como ralentizado en su momento preciso.

Algo pareció suspenderles por un momento en el vacío o en el aire de aquel mundo. Luego, de modo paulatino, descendieron con mansedumbre. Y, para asombro de todos, la popa de la nave entró en suave contacto con el suelo. Se detuvieron. La nave quedó inmóvil...

Habían llegado. Estaban en el planeta desconocido.

Sanos y salvos, al menos por el momento.

¿Qué les esperaba fuera de la nave? Esa era aún una pregunta que, pese a estar presente en todas las mentes de los seis astronautas, no tenía aún una respuesta.

* * *

Era una isla. O un islote. Sólo eso.

Un reducido fragmento de tierra firme, sólida, en medio de la tersa negrura de un mar oscuro, sombrío y extraño, en sorprendente calma alrededor suyo.

Fue ésa la primera imagen que pudieron captar de la tierra desconocida en que se encontraban. El primer impacto visual del

mundo remoto en que su destino les había situado.

Se miraron todos entre sí, agrupados en la puerta de la nave. A pesar de sus escafandras especiales y sus trajes a presión, sabían que la atmósfera era respirable. Lo señalaban los indicadores de oxígeno de a bordo y de sus propios equipos. También la fuerza de gravedad era normal para ellos, sorprendentemente, ya que aquel planeta parecía infinitamente más grande que la Tierra, y su poder de atracción había dado la impresión de ser muy fuerte.

—Esto es de una desolación aterradora —comentó Makro, clavados sus ojos azules en el extraño paisaje que les rodeaba.

Todos asintieron en silencio. Makro tenía razón. Todo allí era desolador. El trozo de áspera tierra desnuda en que yacía la nave, de forma alargada, posiblemente con no más de media milla de ancha por una de larga. Era casi un milagro haber ido a posarse en aquel islote, y no sumergirse en el océano negro, de tenebrosas aguas quietas. .

—Pero es un terreno firme. Y aquí hay atmósfera —señaló Ghidar, lentamente—. Mucho más de cuanto podíamos esperar.

—Eso es cierto —admitió Straken, pisando con lentitud el suelo, duro y sin vegetación—. Parece mentira pisar un terreno sólido, un lugar que no sea el interior de nuestra nave, amigos…

—Aun así, yo me siento más seguro dentro de *Omega-3* que en este lugar —se permitió opinar Akhaar—. Hay algo en este sitio que no me gusta.

—¿Qué? ¿Tal vez su soledad? ¿Ese cielo nublado que nos cubre? ¿El mar de negras aguas, Akhaar? —bromeó Straken, caminando hacia la orilla del islote.

—No lo sé. Tal vez todo ello. O quizá algo que todavía no vemos. Es… es como una corazonada. Intuyo que nos espera algún desastre en este maldito mundo.

—Eres todo optimismo, ¿eh, Akhaar? —rió Makro—. ¿Y tú, Lyvia? ¿Qué opinas?

—No… No sé —suspiró ella, encogiéndose de hombros—. Es difícil juzgar todavía. De momento, es mejor que haber perecido dentro de esa nave, despedazados en un choque contra la superficie de este planeta. Pero no puedo saber lo que nos aguarda aquí.

—Fue algo muy raro…

Era Ghidar quien había hablado. Todos se volvieron hacia él.

—¿Qué fue lo raro? —quiso saber Zoltan.

—Lo que sucedió.

—¿Cuándo? —terció Straken.

—Al caer. Estaba seguro de que íbamos a estrellarnos sin remedio. Y de pronto…

—¿Qué?

—De pronto, algo pareció ejercer un control sobre los frenos de a bordo. Estos resultaron eficaces en el momento preciso. No es normal que nos detuviéramos en la caída, sin estrellarnos. Fue a tan escasa distancia de suelo firme... que no tiene sentido atribuir ese milagro a los frenos.

—¿Supones que algo, en este planeta, ejerció un control determinado sobre esos frenos, evitando el impacto? —el rostro de Zoltan se había ensombrecido.

—Sí, eso mismo sugiero. No cabe otra explicación, después de todo.

Hubo un profundo silencio. Akhaar meneó la cabeza de un lado a otro,

—Os lo dije. No me gusta este planeta. Hay algo siniestro en él.

—¡Mirad! —voceó Straken desde la orilla, alzando una mano—. Extrañas aguas, ¿no?

Todos miraron sus dedos enguantados. De ellos se deslizaba al suelo algo así como pasta negra, muy semejante al petróleo crudo, pero todavía más espeso. Rodó el denso líquido sobre la tierra árida, como si fuesen goterones de oscuro mercurio, para mezclarse de nuevo con la superficie marina de negro color.

—Tal vez los mares de este mundo sean todos así. Algo parecido a fango negro —comentó Zoltan, perplejo—. No podemos esperar hallar las mismas condiciones de vida y los mismos elementos que en la Tierra, aunque el aire sea respirable y de parecida composición.

—Eso es obvio —admitió Ghidar, cansadamente—. Bien, volvamos dentro de la nave por el momento. Daremos todos los datos a la «Profesora», a ver qué opina.

Asintieron todos. Sólo Straken se resistió a la invitación.

—Preferiría quedarme aquí, tomar algunas fotografías instantáneas —señaló el mecanismo fotográfico de su equipo—. Y contemplar esto durante unos minutos. Me fascina lo desconocido. Noté a través del guante la temperatura de ese elemento que forma el mar aquí. Es helado como la escarcha. Y sorprendentemente ligero para su densidad...

—Está bien. Permanece junto a la nave, si quieres, pero no te alejes en ninguna dirección, Straken —le pidió severamente Ghidar—. Si ocurre algo anormal, avisa en el acto. Es una orden, tenlo en cuenta.

—Sí, jefe —dijo burlonamente el astronauta.

Ghidar arrugó el ceño, pero no dijo nada, y regresó al interior de la nave, en compañía de todos los demás, con excepción de Straken.

Cerró la puerta de acceso, y se encaminó a la computadora. También él había tomado instantáneas automáticas del exterior, que introdujo en la máquina, junto con los datos técnicos obtenidos en el

exterior con su equipo de análisis. Luego, esperaron la respuesta de la computadora central.

Esta no se hizo esperar. Todos se inclinaron hacia la pantalla donde las letras verdes fluorescentes formaban palabras concretas:

> «Planeta habitable. Muestras de deterioro geológico por causas desconocidas.
>
> »Una fuerza ajena a Omega-3 evitó choque al descender. No hay datos suficientes para identificar esa fuerza.
>
> »Algo se ha alterado fuera de la nave cuando se pisó el suelo del planeta. Alguna forma de vida desconocida que no se puede localizar por falta de datos, ha reaccionado, poniéndose en guardia. Es todo.»

Se miraron entre sí, preocupados. Muchos de sus temores humanos estaban reflejándose en el frío lenguaje de la máquina. Tal vez todo aquello era algo más que simples intuiciones o presentimientos. La «Profesora» juzgaba únicamente con datos concretos, definidos. Sin emociones.

—Os lo dije —jadeó Akhaar, con rostro ensombrecido—. Ahí afuera hay algo,.. *algo* nefasto, lo presiento.

—Sea lo que sea, aún no ha dado señales de vida —comentó Zoltan, seco—. Pero la máquina ha captado una diferencia concreta en determinados datos. Me gustaría saber lo que es...

—A mí también —gruñó Ghidar—. Pero ya visteis: No hay datos suficientes para que llegue a una conclusión.

Permanecieron unos instantes en silencio, inquietos y como sobrecogidos por la advertencia de la máquina.

De súbito, en el exterior sonó un grito agudo, que les llegó a través del intercomunicador. Era la voz de Straken. Una voz agitada, alarmada, cargada de horror:

—¡Cielos, ahí fuera, en ese mar negro... ¡Mirad!

Se precipitaron todos hacia una de las ventanas de la nave, mirando al exterior directamente. Una sacudida de pánico les invadió. Con un gruñido, Zoltan accionó sin pérdida de tiempo el resorte de apertura de la entrada. Straken penetró como un alud, mortalmente pálido y agitado por sus emociones.

—¡Es horrible! —jadeó—. ¡Ese monstruo...! ¿Qué vamos a hacer?

Ciertamente, tenía él razón. Era un monstruo. Y estaba emergiendo de las tenebrosas aguas de aquel misterioso planeta.

CAPITULO V

LOS seis humanos contemplaron la horrible y amenazadora forma de vida que surgía de las negras profundidades, ante sus ojos. Incluso «Adam», presintiendo algo, ladró furiosamente, corriendo a la desesperada por el interior de la nave.

El monstruo estaba dirigiéndose hacia ellos. De eso no había duda.

Era una forma larga, serpenteante y negra, de reluciente piel oscura, escamosa.

Su cuerpo era el de una gigantesca culebra de más de cien yardas de longitud, desmesuradamente grueso, pero provisto de infinidad de patas escamosas y de corvas garras. La cabeza era plana, achatada y terriblemente fea, con unas fauces babeantes, de enormes dimensiones, lengua bífida y ojos amarillos, redondos y vidriosos, fijos en la estructura de la nave. Podía decirse de aquella horrenda criatura de mitológica apariencia, que era como una indescriptible mezcla de reptil, grifo y dragón. Unas pequeñas, incipientes alas, batían, membranosas, emergiendo de su lomo escamoso.

—Es... es como si fuese una cría a punto de iniciar su primer, vuelo —señaló roncamente Makro, contemplando como hipnotizado al monstruo—. ¿Imagináis si eso es solamente una cría, un pequeño monstruo en embrión? ¿Cómo serán sus progenitores?

La idea no gustó a nadie. Imaginar que un ser más alto casi que la nave, cuando se erguía sobre sus arqueadas patas posteriores y su agitada, furiosa cola, podía ser solamente un pequeño ejemplar de su especie, producía escalofríos a cualquiera.

Ahora se estaba moviendo hacia ellos, hundiendo pesadamente sus patas en el terreno áspero del islote. Sus alas intentaban, de nuevo, batir en un esfuerzo por elevarse. En dos ocasiones, el corpachón del reptil se agitó, como a punto de remontar el vuelo. La teoría espantosa de Makro parecía tener total verosimilitud, a la vista de tales circunstancias.

—Dios mío... Hay que hacer algo —señaló Straken.

—Sí. No me gusta llegar a un sitio e iniciar la batalla por mi cuenta —dijo Ghidar, sombríamente—. Pero me parece que, dada la situación, no nos queda otro remedio. Ese monstruo se nos viene encima. Y su aspecto no es precisamente amistoso.

—Haré un disparo de advertencia —opinó Zoltan—.. Tal vez sea lo mejor,

—Puede que tengas razón. Hazlo, Zoltan —aprobó Ghidar, en tensión.

Zoltan puso sus dedos sobre los botones de los sistemas de defensa de la nave, y presionó uno solo, tras tomar medidas en un graduador de distancia.

Ante la fiera de origen desconocido, estalló un chorro de luz candente, en una llamarada violenta. Con un bufido que penetró ensordecedor por los altavoces de a bordo, el animal retrocedió de un salto, al parecer muy irritado, mientras el humo se elevaba del punto donde el proyectil dejara una negruzca huella hueca.

—Me temo que no hemos logrado nada —señaló Straken—. Ahí vuelve... y más furioso que antes.

Era cierto. Coleteando furibundo, el enorme reptil avanzaba con celeridad hacia la estructura metálica de la que sin duda su instinto le decía que había partido el proyectil amenazador. Emitía jadeos y berridos amenazadores. Zoltan no dudó. Cuando Ghidar le dio la orden, ya tenía sus dedos a punto:

—¡Tira a dar, Zoltan! ¡Pronto! Zoltan presionó dos botones simultáneamente. Dos chorros de luz convergieron en la escamosa piel del monstruo, y éste se agitó, entre aullidos de dolor, mientras en sus escamas se abrían heridas, al reventar en ellas los proyectiles de gran potencia.

Pero aquel animal poseía una resistencia increíble. Su piel era dura como el metal, porque solamente se descubrieron escamas flotando y leves arañazos en su negra epidermis brillante. Arañazos que no hacían sino aumentar su furia agresiva, hasta límites aterradores.

Ya estaba muy cerca de la nave. La descargó un coletazo, y toda la *Omega-3* se agitó, con una sacudida violenta, que arrojó contra sus muros a sus seis tripulantes, como simples guiñapos. Por las ventanillas de la nave, las fauces hediondas y las pupilas amarillas eran una visión dantesca y cercana.

Alzóse en toda su poderosa estructura el reptil, dispuesto a descargar sobre ellos el golpe definitivo. Si derribaba la nave y la atacaba, podía destrozar irreversiblemente su fuselaje, condenando a los astronautas a un trágico final en cuanto le fuera posible introducir allí sus temibles garras.

Pero los recursos de a bordo parecían haberse agotado. Nadie podía frenar ya el acoso furibundo de la siniestra bestia marina.

* * *

Todo sucedió tan de repente, que en un principio, ninguno de los seis ocupantes de la *Omega-3* supieron a ciencia cierta qué era lo que estaba aconteciendo en el exterior.

Pero algo les dijo que un milagro se estaba operando en el momento más difícil y desesperado para ellos.

El reptil estaba siendo atacado por alguien más.

Fuera, junto al fuselaje golpeado por la fiera, se escuchaban ahora bramidos de dolor y sonidos sibilantes, poderosos, que terminaban en sordos impactos en alguna parte. Borrosamente, a través de una de las ventanas, se vio pasar la temible cabeza del animal, con su boca despidiendo un líquido oscuro, negruzco, parecido a la sangre, y uno de sus amarillos ojos mostró desgarros irreparables, que le hacían revolcarse de dolor.

Alguien estaba haciendo blanco en el colosal reptil con armas más poderosas y eficaces que las suyas. Pero, ¿quién?

Sólo había una respuesta a ese interrogante: algún ser de aquel planeta. No podía ser de otro modo.

Zoltan se incorporó, apresurándose a conectar una de las pantallas de televisión, y graduó la visual de forma que abarcase una amplia panorámica exterior. Una colectiva exclamación de asombro brotó de labios de los ocupantes de la nave.

El reptil, malherido, sangrante, reptaba a la desesperada, pugnando por alcanzar la orilla y sumergirse en las negras aguas. Frente a él, volando por encima de ese tenebroso mar, un óvalo plateado, centelleante, surcaba el cielo nuboso del planeta.

De aquel vehículo liviano, de asombrosa facilidad de maniobra, brotaban llamaradas cegadoras, chorros de luz que, al impactar con el monstruo, producían en éste dolorosas y profundas heridas que iban desgarrando su escamosa piel.

Al final, con un largo y exasperado mugido, la bestia se hundió en la pastosa oscuridad de aquellas extrañas aguas, sin dejar otro rastro que unas burbujas que, paulatinamente, fueron extinguiéndose.

La pequeña nave plateada siguió su vuelo por encima del punto en que desapareciera el monstruo, quizá para comprobar que no regresaba nuevamente a la superficie. Después..., el vuelo del óvalo plateado se dirigió hacia la nave *Omega-3*.

—Alguien nos ha salvado —dijo Zoltan, sordamente—. Y ahora vienen a ofrecernos la recepción de bienvenida a su planeta, Ghidar.

—Sí —suspiró éste, pensativo, clavando sus ojos en la pequeña nave—. Es lo mismo que estoy pensando yo...

—Evidentemente, son amigos. Les debemos la vida —terció Straken,

—Es cierto —corroboró Ghidar—. Sean quienes sean, no sólo vienen en son de paz, sino que, de no ser por su intervención, ahora estaríamos todos destrozados por esa bestia horrible.

—Unos extraños... —musitó Lyvia, fascinada, contemplando la forma plateada, cada vez más próxima a ellos—. ¿Cómo serán los habitantes de este planeta?

—Creo que vamos a saberlo muy pronto —suspiró Zoltan—. ¿Conocerán ellos el lenguaje internacional para enviarles un mensaje

de gratitud y amistad?

—Se puede intentar, cuando menos —opinó Ghidar, encogiéndose de hombros—. Transmite, Zoltan. Ignoramos en qué frecuencia pueden recibir un mensaje, pero es posible que la «Profesora» nos ayude en eso. Mira, están ya muy cerca, pero parecen estar observándonos antes de arriesgarse a una mayor aproximación...

Zoltan no dijo nada. Pidió a la computadora esos datos. La respuesta fue negativa:

> «Sin datos para informar sobre forma de comunicación con otros seres.»

Suspiró, empezando a teclear una transmisión en lenguaje internacional, utilizando una ancha franja de frecuencia, por si había suerte.

La hubo.

Tras unos segundos de transmisión, una voz extraña, metálica, sonó a través del altavoz de su propio emisor-receptor:

—Bien venidos, extranjeros. Nos complace haberos sido útiles. Descendemos para contacto directo.

—¡Es el lenguaje internacional de la Tierra! —señaló Zoltan, con asombro—. ¿Cómo pueden conocerlo ellos?

Ghidar le miró, ceñudo. Luego, observó cómo el óvalo plateado planeaba sobre el islote, comenzando a tomar tierra en él, a escasa distancia de ellos.

—Eso creo que vamos a saberlo muy pronto, Zoltan —fue su respuesta.

* * *

La puerta de la nave *Omega-3* se abrió. Casi simultáneamente. lo hizo una escotilla circular en el óvalo plateado. Ambos mostraban así su mutua y buena voluntad de aproximación. Obviamente, los nativos de aquel mundo no se fiaban por completo de ellos hasta verles en persona. Ese sentimiento, en el fondo, era también compartido por los astronautas terrestres, a pesar de saber ya que debían sus vidas a aquellos desconocidos seres del planeta misterioso.

Ghidar, Zoltan, Lyvia, Akhaar, Straken y Makro, salieron uno a uno de su nave, permaneciendo erguidos en tierra, junto a la *Omega-3*, Se habían despojado de sus indumentarias espaciales, para mostrar a los nativos su aspecto real, sin deformaciones. El aire allí era respirable, sutil, aunque con cierto extraño olor azufrado.

Esperaron cosa de pocos segundos. Después, comenzaron a salir

ellos.

Los ojos atónitos de los astronautas fueron contemplando, una a una, la aparición de los ocupantes de la nave argentífera detenida a cosa de cien yardas de ellos...

El primero en asomar fue un robot. Un singular cuerpo metálico, flexible, articulado, de apariencia sorprendente, una especie de esfera sobre un sistema rodante. En su forma esférica destellaban luces de varios colores.

Tras aquel robot, emergió otro. Un segundo robot de mayores proporciones, casi cilíndrico, sobre dos extremidades, como la copia metálica de un humanoide. Por cabeza, mostraba una especie de pantalla opaca de forma oval. Sin ojos ni rostro. Carecía de manos o de brazos.

—Dios, ¿serán todos ellos simples robots? —se preguntó Makro, en voz alta.

—Si es así, ¿quién los fabricó? —fue la expresiva pregunta de Ghidar.

Ya emergía el tercer personaje de a bordo. Esta vez, todos lanzaron una exclamación de sorpresa. No, no era un robot.

Pero tampoco era un ser humano. Tenía algo de esto último, aunque su cuerpo aparecía cubierto de un vello dorado, suave, tema cabeza totalmente calva, rostro felino, extremidades casi humanas, aunque sólo con dos dedos en sus pies descalzos, como pezuñas. Apenas les vio a ellos, su piel se alteró ligeramente, se evaporó su vello, apareció pelo en su cráneo calvo y adquirió un aspecto casi totalmente humano, semejante en cierto modo al propio Ghidar.

—¿Habéis visto eso? —preguntó éste, escudriñando al extraño.

—Sí —jadeó Zoltan—. Es un mutante. Puede alterar su apariencia física a voluntad. Trata de imitarnos para no alarmarnos con su aspecto...

—No es el último tripulante —señaló Straken—. Mirad. Sale un cuarto personaje de ahí dentro...

Era verdad. Salía alguien más. Alguien que todavía no podía haber cambiado su apariencia física, porque aún no les había visto. Y, sin embargo, ese ser ya era humano.

Más que eso. Todos comprobaron que se trataba de una mujer. Desnuda como Eva en el Paraíso. Desnuda y hermosa como la más bella terrestre imaginable.

Les miró, una sonrisa resplandeciente asomó a su rostro, miró con sorpresa al mutante, y éste habló en el lenguaje internacional terrestre, siendo audibles sus palabras para ellos:

—Sí, Vulda. Son humanos. Como tú... Por eso adopté este aspecto.

—Humanos... —ella se volvió, repitiendo la palabra, mirándoles dulcemente con unos enormes ojos color púrpura—. ¡*Humanos*! Al fin

encuentro hermanos de raza, Goow...

—Al fin los encuentras, Vulda —asintió el mutante—. Al fin... Vamos, acerquémonos a ellos. Parecen inofensivos. Ni siquiera pudieron vencer al «drakodáctilo» del mar Tenebroso... Ven conmigo, Vulda. Parecen amigos, realmente.

—Somos amigos —respondió Ghidar, estremeciéndose de sorpresa y emoción—. Vamos allá también nosotros...

Avanzaron en grupo hacia los anfitriones de aquel planeta. Y éstos hacia sus visitantes de remotos confines galácticos.

Era un encuentro por encima del Tiempo y del Espacio. Un encuentro de seres separados por millones de años-luz. Supervivientes de un mundo ya aniquilado, y criaturas de un mundo que desconocían.

Era, tal vez, un momento decisivo en la historia del hombre, como criatura viviente en el Universo,

* * *

Muchos enigmas se habían aclarado. Ellos no hablaban el lenguaje universal de la Tierra. Ni siquiera sabían que existiera un mundo llamado así en alguna parte. Jamás, antes de ahora, habían visto a otro humanoide que no fuese la propia Vulda, la muchacha de la desnudez sin impudicia, de los cabellos de seda azul y de los ojos púrpura.

Pero sus mentes estaban adaptadas para comprender y hablar cualquier lenguaje en escasos segundos, gracias a un gran desarrollo telepático. Los habitantes de Shamar, el planeta misterioso, eran todos ellos imitantes. Y los robots, como Kral-7 y Zyo-70, los que ocupaban aquella nave, eran obra de ellos, para sus servicios y ayuda, porque físicamente los mutantes de Sha— mar eran más bien débiles, aunque su inteligencia fuese poderosa y muy desarrollada.

Esa, a grandes trazos, fue la historia que Goow relató a los astronautas terrestres, al pie de su nave plateada. Pero Zoltan parecía interesado por Vulda, la mujer humanoide, y a ella se refirió una de sus preguntas:

—Y la presencia de una mujer humana en este planeta, ¿cómo se explica, Goow?

El mutante sonrió. Miró con dulzura a la desnuda belleza, y comenzó a explicar con su voz profunda y de metálicas inflexiones:

—Un día llegó aquí en una nave como la vuestra. Era solamente una criatura, con dos cadáveres a bordó, el de un hombre y una mujer, seguramente sus padres. Dos cadáveres momificados ya. La niña se alimentaba en un cilindro de hibernación, y de allí la extrajimos, manteniéndola con vida, y enseñándole nuestras costumbres, dotándola de nuestro desarrollo intelectual, y haciendo de Vulda una criatura que pudiera convivir para siempre con nosotros. Pero

supongo que eso es, en realidad, imposible. Siempre ha sido una extraña entre nosotros, y ni siquiera puede pensar en descendencia, porque genéticamente no encaja con los mutantes de Shamar.

—Sí, entiendo. —Zoltan miró a la hermosa muchacha, recorriendo con aire admirativo, exento de lujuria, los senos pequeños y redondos, blancos como el alabastro, el suave vientre, su tenue vello en el pubis, entre los dorados y bellísimos muslos. Era realmente una criatura maravillosa, incluso junto a una muchacha tan hermosa como Lyvia, que instintivamente se había aproximado a ella, para que ambas mujeres se sintieran más unidas.

—Nosotros, por desgracia, somos los últimos ejemplares de nuestra propia raza, ya extinguida por un error trágico y estúpido de los propios humanos, Goow. ¿No hay evidencia alguna del planeta de origen de Vulda?

—No, ninguna —fue ella quien, con dulce voz grave respondió a la pregunta, dirigiéndole una suave sonrisa— La nave estaba calcinada, destruida en su interior, por algún accidente espacial. Sólo el tubo de hibernación, milagrosamente, funcionaba lo suficiente para mantenerme en suspensión animada hasta que Goow me encontró. El calcinado fuselaje, el abrasado interior, los cadáveres momificados y quemados, no podían revelar detalle alguno del origen de la nave. Mi vida, mi pasado, será siempre un misterio absoluto. Puedo proceder de ese mundo llamado Tierra que vosotros citáis, o puedo venir de otro confín diametralmente opuesto de las galaxias, donde exista una raza humanoide semejante a la vuestra, no lo sé. Nunca lo sabré, que es lo más triste.

—Este mundo me resulta extraño, inhóspito, a pesar de todo —comentó Ghidar, dirigiéndose a Goow, el mutante—. ¿Es todo él así?

—Parecido —sonrió tristemente Goow—, Hubo un tiempo en que no lo era. Shamar fue un mundo próspero y civilizado. Hoy en día...

—Hoy en día, ¿qué?

—Mejor será que vengáis con nosotros a la capital de nuestro planeta, Azora.

—¿Sólo una capital para todo e! planeta? —pestañeó Ghidar.

—Sólo una. Es la que queda de lo que fue nuestro Imperio Planetario. Azora fue la capital de ese Imperio. Ahora ya no es apenas nada. Venid, por favor. Hay un hogar, un sitio habitable donde seréis bien acogidos todos...

—No podemos viajar en vuestra nave. Es demasiado pequeña, Goow. Y nuestra nave posiblemente esté averiada tras el descenso. Estuvimos a punto de golpearnos en este mundo fatalmente. Algo, una energía que quizá procedía de vuestro propio suelo, nos salvó la vida a tiempo...

—¿Una energía *nuestra*? —Goow mostró su extrañeza, y sacudió

su cabeza con aire de perplejidad—. Lo dudo mucho, extranjeros. No existe energía parecida a ésa en todo Shamar.

—Pues algo nos impidió chocar mortalmente…

—Ese algo, casi os puedo garantizar que *no es* de este planeta —dijo con firmeza Goow, llevando el desconcierto a sus anfitriones. Luego añadió, solícito—: Venid conmigo, amigos. Mi nave tiene suficiente energía para remolcar un tiempo a vuestro propio vehículo, si logramos acoplarlo a su cola.

—Yo haré la maniobra —se ofreció Zoltan—. Cualquier sitio será mejor que este islote, ¿no es cierto, Goow?—Sí, eso sí. Fuisteis a caer en un punto singularmente incómodo y desagradable. Lo cierto es que captamos vuestra presencia en nuestros detectores, así como el ataque del «drakodáctilo.» Por eso acudimos lo más rápidamente posible, navegando por las profundidades de ese mar, hasta alcanzar el punto de aterrizaje y ayudaros a combatir a ese peligroso monstruo contra el que nada podían vuestros proyectiles… Vamos, hay que salir de aquí. Intentadlo, amigos…

Lo intentaron. Poco después, el *Omega-3* se acopiaba a la nave plateada, y ésta, utilizando una energía magnética propia, arrastraba, en un vuelo rasante sobre su mundo, a la nave *Omega-3* hacia la capital del extraño mundo en que se hallaban.

Akhaar permanecía pensativo, huraño, con la mirada fija en el paisaje desolado, mezcla de islotes áridos y de aguas negras, que desfilaba bajo la nave, Zoltan se aproximó a él, pensativo.

—¿Qué te ocurre, Akhaar? —preguntó.

Este, acariciando mecánicamente el pelaje de su fiel perrito «Adam», se volvió, mirándole abstraído, como ausente, y limitándose a responder, con voz sombría:

—No sé, Zoltan… Sigo pensando igual que antes. Algo en este planeta no me gusta. Y ni siquiera sé lo que es…

—¿Acaso ese mutante, Goow?

—No, no. El parece sincero, honesto…

—¿Los robots o la chica?

—No, Zoltan. Es algo… algo más inconcreto, más sutil. Ni siquiera ese horrible monstruo que nos atacó antes. Es alguna cosa que no logro concretar, pero que me atormenta con un raro y oscuro presagio.

—¿No serán todo figuraciones tuyas, Akhaar?

—Tal vez. Ojalá sea así, y todo quede en simples temores sin fundamento. Pero… no sé, Zoltan. Lo presiento tan cercano a nosotros…, tan terrible y amenazador, que me da miedo.

Zoltan no dijo nada. Se apartó de su amigo y compañero, pensativo y ceñudo. Tal vez sí era aprensión. Pero también él intuía algo, sin saber qué.

—Os noto preocupados a todos, Zoltan —musitó dulcemente la

voz de Lyvia, cerca de él.

Se volvió. Miró sonriente a la bella muchacha de los ojos de ámbar y oro.

—Sí, es posible que sólo sea eso: preocupación por lo que desconocemos, Lyvia.

—Parece que te gustó esa chica, Vulda...

—Es hermosa. Pero también tú lo eres.

—Puesto a elegir, Zoltan, ¿con quién te quedarías?

—No sé... —la miró, perpleja—. Nunca me lo he preguntado, Lyvia.

—Tendrás que hacerlo pronto —rió ella con suavidad—. Recuerda que sólo quedamos con vida cinco hombres y dos mujeres. Tal vez el último reducto en el Universo de nuestra pobre especie extinguida... Tendremos que convivir, procrear...

—Eso es cierto —la miró, pensativo—. Tendré que pensarlo, Lyvia, tienes razón. Pero tú ya estás gestando a alguien, recuérdalo... ¡Cielos, Lyvia!

—¿Qué ocurre, Zoltan? —se sobresaltó ella.

—¿No te has dado cuenta? —Zoltan señaló hacia su vientre—. En poco espacio de tiempo... ha empezado a notarse tu embarazo. Es... es como si, de repente, en sólo una o dos horas, hubieses avanzado tres o cuatro meses en tu gestación. Mira... tu vientre, Lyvia...

Ella inclinó la cabeza. Se estremeció, llevándose ambas manos al abdomen, ya curvado de forma ostensible. Parecía tan perpleja como él.

—Es cierto... Pero si antes de pisar el suelo de este planeta... no se notaba nada. Y de eso apenas si hará un par de horas de nuestro tiempo, Zoltan...

—Es extraño, Lyvia. En dos horas has cambiado mucho. Se diría que muy pronto vas a dar a luz... á tu programado Superhombre...

Ambos se miraron en silencio. De pronto, en Lyvia habían surgido temores y recelos que hasta entonces nunca tuvo. El propio Zoltan se preguntaba qué extraño fenómeno, en la superficie del planeta Shamar, había precipitado los acontecimientos, acelerando de forma inexplicable el proceso evolutivo del embarazo de la muchacha elegida en el pasado de la Tierra para engendrar a un ser superior, obra de una probeta y de un programa frío y deshumanizado de genética espacial....

CAPITULO VI

REALMENTE, Azora, capital del Imperio Planetario de Shamar, en otros tiempos, era tina pura ruina.

Una evidencia más de la decadencia mortal de aquel mundo habitado por imitantes y robots. La prueba material de que todo estaba a punto de terminar en la superficie del planeta.

Edificios que un día fueron hermosos y espléndidos, ahora se desmoronaban lenta e implacablemente, convertidos en retorcidas ruinas de metal y de materiales plásticos desconocidos para los terrestres. Piedras abatidas, concretos agrietados, vías y avenidas rotas o interceptadas por los cascotes, era todo lo que quedaba de Azora, sin duda una ciudad orgullosa de su esplendor en otros tiempos.

Se erguía sobre un promontorio suave, de pendientes salpicadas de rutas y carreteras hacia las puertas de la ciudad, ahora agujeros informes abiertos en una muralla ruinosa y triste. Alrededor de aquella zona, un amplio pantano, negro y espeso como los mares de Shamar, se extendía tras helechos de un triste y enfermizo color amarillento o pardusco, y sus densas aguas tenebrosas habían llegado a rebasar el propio pantano, lamiendo los muros ruinosos de algunas edificaciones próximas, y las zonas agrícolas, acaso exterminadas por alguna ignota plaga de origen desconocido.

—Un triste panorama, ¿no es cierto, extranjeros?

Las palabras del mutante Goow reflejaban un profundo dolor, una amargura sin límites. Ghidar se vio en la necesidad de mostrarse un poco piadoso:

—Pero alguna vez tuvo que ser hermoso todo esto.

—Mucho. Fue el centro comercial, político y social de Shamar. Aquí venían mercaderes y viajeros de lejanos confines, e incluso de las Colonias Astrales, establecidas en los asteroides y satélites cercanos a Shamar.

—Entiendo. —Los ojos de Ghidar vislumbraron en el cielo nuboso la sombra distante de tres o cuatro satélites naturales del planeta, girando en órbita lejana—. Un mundo civilizado, próspero y feliz. ¿Qué ocurrió para que todo esto terminase, Goow? Porque supongo que acabó... o está a punto de acabar.

—Acabó —corroboró tristemente el mutante—. Quedamos muy pocos y dispersos. Los robots yacen oxidados en montones de chatarra, perdidos en los desiertos que antes fueron vergeles. El planeta se muere. Y nosotros con él.

—Y todo por culpa ¿de qué? —quiso saber Ghidar, profundamente intrigado.

—Eso... nadie lo sabe.

—¿Cómo? —se asombró el terrestre.

—Te resultará extraño, pero es la pura verdad. Nadie, en Shamar, supo nunca la razón de todo esto. Ni lo llegaremos a saber, sin duda alguna. Siempre sucedió de noche...

—¿De... *noche*? —Ghidar, pese a su autodominio, notó un escalofrío.

—Eso es: siempre de noche... —Los ojos del mutante Goow mostraron de pronto un ramalazo de humanos sentimientos, de algo muy parecido al *terror*—. Si al menos supiéramos lo que fue... lo que era y lo que es... Pero todo el que asomó para verlo... desapareció en la oscuridad para siempre. Fue... *fue devorado* por algo... o por alguien.

—¿*Algo... o alguien*? —insistió Ghidar.

—Sí, eso es. Ignoro si es «cosa» o ser viviente. Todos lo ignoramos. Acabó con nuestra civilización, con nuestro esplendor, con todo. Fue como una peste inexorable que todo lo extermina. ¡Y ni siquiera sabemos qué pueda ser «ello»!

—¿Y la gente de los satélites? ¿Y vuestras colonias espaciales?

—Emigraron en busca de un mundo mejor donde habitar. Los que se resignaron a quedarse, perecieron en ellas o mendigan ahora entre ruinas como éstas, al faltarles los medios para subsistir, una vez desaparecido nuestro Imperio y sus recursos. Es una penosa y amarga historia. En una enorme distancia, solo que damos vivos Vulda, esos dos robots que yo cuido para que hagan las tareas que no puedo realizar solo y yo mismo. En todo el planeta, tal vez sólo quedamos un centenar de seres inteligentes, sobreviviendo en cavernas o en ruinas, como una raza prehistórica.

—Te entiendo, Goow. Me gustaría ayudarte, pero si vosotros, con todo vuestro poder y recursos no lograsteis, no ya vencer al enemigo desconocido, sino ni tan siquiera identificar su naturaleza real, ¿qué podríamos hacer nosotros en favor vuestro?

—Nada, imagino suspiró Goow, esbozando una sonrisa—. Agradezco tus buenos deseos, pero comprendo vuestras limitaciones. Ahora, vamos a mi morada. Allí podré ofreceros algo más que simples palabras. Imagino que los alimentos de este planeta no serán demasiado malos para vosotros...

—Después de comer durante tanto tiempo simples raciones concentradas, tabletas y alimentos deshidratados, vuestros alimentos serán manjares para nosotros, estoy seguro, Goow. Pero temo abusar de tu hospitalidad con mis amigos. Tus recursos deben ser bastante limitados en la actualidad...

—Oh, no creas —rió Goow, recuperando en parte su buen humor —. Poseo los frigoríficos industriales de esta ciudad, como dueño absoluto. Hay en ellos alimentos para décadas enteras. Alimentos bien

conservados, gracias a los sistemas de refrigeración automática, que ya no precisan de energía para funcionar. Hay frutos, carnes y verduras de cuando todo este mundo era un paraíso, Venid, por favor. Me sentiré feliz por una vez, sentando a mi mesa a alguien que no sea metálico y frío, excepción hecha de mi buena y querida Vulda... Iniciaron la marcha por entre las ruinas. A sus espaldas, alguien lanzó una imprecación sorprendida:

—¡Lyvia! D os mío, de prisa Creo..., creo que va a dar a luz de un momento a otro.

Ghidar, asombrado, se volvió. Entre Zoltan y Vulda. la muchacha desnuda de origen desconocido, estaban ayudando a caminar a Lyvia, que, muy pálida y débil, mostraba repentinamente el volumen de abdomen propio de la mujer a punto de parir

—Cielos... —murmuró Ghidar— ¿Como ha sido posible? Tan de repente...

* * *

Realmente, parecía un festín.

Una larga mesa, vinos, alimentos de bello aspecto, desde frutos dorados hasta carnes rosadas, pescados rodeados de verduras y dulces productos de repostería. Los" alimentos de las ruinas de Azora hubieran sido dignos de un emperador en el planeta Tierra,

Pero todos los comensales humanos, así como el propio Goow y los dos robots que, imperturbables, servían la mesa, parecían esperar algo.

Ese algo, era el momento de dar a luz una mujer. Lyvia estaba a punto de ser madre. Makro y Straken estaban con ella, ayudados por la propia Vulda que, instintivamente, como mujer que era, se sentía atraída por ayudar en la gestación del primer humano nacido lejos de su propio mundo. Y, lo que resultaba más alucinante, un hijo sin otro padre que una simple labor de bioquímica y genética en un frío laboratorio de la Tierra. Un gene artificialmente inoculado en la matriz de la que iba a ser madre en breve...

—¿Cómo pudo ocurrir, Zoltan? —insistía Ghidar, paseando inquieto ante la mesa repleta de manjares, en aquel vasto salón medio ruinoso, alumbrado por tubos fluorescentes de vivo color dorado—. ¿Cómo se desencadenó ese proceso en pocas horas? No tenía apenas vientre cuando... cuando alcanzábamos este planeta, recuérdalo.

—Lo recuerdo muy bien, Ghidar —suspiró Zoltan—. Fui el primero en advertirlo cuando salíamos de aquel islote remolcados por la nave de Goow. Su estado de gestación se aceleró inexplicablemente de repente. Tal vez fue el hecho de salir del espacio exterior y entrar en contacto con un mundo cualquiera. Posiblemente eso formaba parte del programa genético previsto por entonces, cuando la enviaron al espacio... No puedo saberlo, Ghidar. Pero algo extraño ocurre,

—Y ese hijo... ¿cómo será ese hijo, Zoltan?

—Sólo Dios lo sabe ahora. Pero nosotros creo que lo sabremos en breve, amigo mío. Un poco de paciencia. Creo que no puede tardar más de una hora o dos en dar a luz...

—Se demora un poco —anunció Makro, apareciendo en la puerta de comunicación con la sala donde Goow había dispuesto un lecho para Lyvia—, Podemos empezar a comer, amigos. Straken se queda con ella. Y también Vulda. Vendrán después a comer, cuando nos turnemos con ellos un par de nosotros, a la espera del momento decisivo...

Eso relajó un poco la tensión nerviosa. Goow les hizo acomodar en torno a la mesa oval. Saborearon manjares que nunca antes habían probado. Y recordaron los más exquisitos alimentos del planeta Tierra.

—Excelente comida —aprobó Ghidar, al terminar con un largo trago de sabroso vino de frutos del planeta Shamar—. Y excelente bebida, la verdad.

Todos corroboraron esa impresión, sin excepciones, Goow pareció realmente feliz.

En ese momento, hubo un largo grito de mujer en la estancia contigua. Luego, un sollozo desgarrador. Straken avisó con voz firme*

—¡Ya! ¡Está empezando el parto! Como centellas, corrieron allá Ghidar, Zoltan y los demás. Los sollozos y gritos de dolor de Lyvia iban en aumento. Entraron en la cámara. Vulda y Straken ya estaban ayudando esforzadamente a la muchacha para el momento supremo de surgir la criatura a la luz. Era evidente que la futura madre sufría mucho en el trance.

—Lyvia... —murmuró Zoltan—. Pobre muchacha...

—Y su hijo. Zoltan..., su hijo... —insistió Ghidar, muy pálido, junto a él—. Me pregunto si será, realmente... el Superhombre que programaron nuestros hermanos de raza, allá en la Tierra.

—Dios quiera que sea así —susurró Zoltan, estremeciéndose—. Siento miedo... y no sé a qué...

—Es curioso —la voz de Ghidar era un ronco hilo—. Yo también, Zoltan...

Iban a mirarse el uno al otro, perplejos y preocupados, cuando Lyvia lanzó un agudo, largo y terrible grito. Más de agonía que de dolor.

Y, de repente, la criatura nació.

Lyvia dio a luz al Superhombre programado por los biólogos de la Tierra.

Y con él, se desató el horror.

CAPITULO VII

LA vagina de Lyvia estalló.

También saltó en pedazos sangrientos y aterradores su matriz, su útero, el pubis todo, en un reventón de sangre que desbordó sus labios valvares.

Un alarido escalofriante, de supremo horror y agonía, escapó de los labios de la mujer que era madre en estos momentos.

Y un monstruo informe, escapó, como algo gigante, vivo y terrible, de las desgarradas entrañas que lo habían engendrado.

La estancia se convirtió por unos instantes en escenario del espectáculo más alucinante y aterrador que podía imaginar mente alguna. Aquella «cosa» increíble que, al venir al mundo, hacía estallar en sangre, carne rota y huesos desgajados el propio seno materno, no podía ser, en modo alguno, el Superhombre soñado por los biólogos de la Tierra,

Era, simplemente, un engendro. Un espantoso engendro que, tras surgir a la luz, envuelto en sangre y terror, cruzó entre todos los-presentes, como una exhalación escarlata, dejando un largo reguero sangriento, antes de desaparecer en la sala contigua.

El estrépito de la mesa al volcarse, los recipientes del festín al caer y destrozarse, lo invadió todo. Saliendo del .marasmo de espanto e incredulidad en que todos se hallaban sumidos, Zoltan corrió tras de aquella criatura abominable. La «cosa» ya no estaba allí. Pero su rastro sanguinolento era bien visible, empapándolo todo en un rojo violento. No quedaba nada sano de la mesa. Alimentos sobrantes, recipientes y cuanto sobre ella había, yacía destrozado en el suelo, y salpicaduras rojas ponían su nota macabra en el conjunto. Uno de los robots yacía tumbado, no lejos de la salida, despidiendo humo y chisporroteos por su desgarrada envoltura metálica, evidentemente aniquilado por el impacto de aquel ser de pesadilla que la infortunada Lyvia diera a luz.

Era inútil intentar seguirle. Zoltan comprobó que no se le veía por parte alguna, y él desconocía el dédalo de ruinas de la ciudad de Azora lo suficiente como para aventurarse lejos de Goow, el mutante.

Regresó, tambaleante, a la cámara siniestra. Todos le miraron, despavoridos, inquiriendo cosas en silencio, sin formular preguntas. Zoltan meneó la cabeza lentamente, con aire abatido.

—Lo siento... —jadeó—. No pude darle alcance... Un robot... Creo que está destrozado, Goow. Esa... esa «cosa» lo machacó...

Goow lanzó una sorda imprecación, como lamentando la muerte de un ser querido, pero no dijo nada. Miró la patética escena que suponía la presencia del cuerpo tendido e inerte de Lyvia, totalmente

bañado en sangre, con su sexo y parte de su abdomen desgarrados brutalmente por el alumbramiento atroz.

—Está... muerta —murmuró Ghidar, con voz ronca—. Pobre Lyvia...

—¿Qué era... *eso* que ella engendró? —fue la pregunta aterrada de Akhaar.

—¿Y quién puede saberlo? —murmuró Ghidar, convulso, mortalmente lívido—. No era humano... No era nada concreto, aunque tenía el tamaño mayor que uno de nosotros...

—No podía tener ese volumen dentro del seno materno —rechazó Zoltan—. Algo ocurrió al darlo a luz Antes de tiempo... *creció* desmesuradamente, destrozando a su madre.

—De sobra lo hemos visto, Zoltan. —Straken se llevó una mano al rostro, angustiado, cubriéndose los ojos—. Era... era una especie de masa informe, de gran tamaño...

—¿Y eso era el Superhombre anhelado? —había amargura y reproche en el tono áspero de Ghidar.

—Otro sueño del hombre hecho triste realidad —jadeó Makro, con dolor—. Quisieron un mundo mejor, y lo destruyeron entre todos. Pretendieron inseminar en una mujer un ser perfecto y superior... y engendraron un monstruo repugnante... ¡podemos estar orgullosos de nuestra maldita especie!

Un silencio de muerte siguió a esa amarga queja de Makro. Piadosamente, en silencio también. Vulda tendió sobre su compañera de sexo una pieza de tejido liviano, parecido a la seda, como mortaja fúnebre. El gesto postrero de la infortunada muchacha revelaba dolor, pánico, agonía. Zoltan la contempló, momentos antes de que cayera sobre ella la tela, y apretó los puños con rabiosa impotencia.

—Estoy seguro de que esa «cosa» que dio a luz puede pensar y sabe lo que hace —dijo sordamente.

—Be eso no podemos afirmar nada, Zoltan —le reprochó Ghidar —, Pudo ser un simple aborto. Algo falló en el mecanismo planificado, algo alteró la genética de la madre inseminada artificialmente en la Tierra, y esa cosa salió a la luz antes de tiempo, y tras un proceso de embarazo vertiginoso. Tal vez «piense», realmente, y sepa a estas horas lo que hizo. En ese caso. Lyvia habría engendrado una amenaza letal para todos. ¿Imagináis si esa «cosa» vive y piensa, y no vacila en matar, en destruir, como ha hecho con su propia madre al nacer?

Todos se miraron, comprendiendo la espantosa posibilidad que las palabras de Ghidar ofrecían. Incluso Goow, el mutante, pareció captar la intención.

—No disponemos de medios para detenerlo, si realmente tiene mala fe. Un ser que nace con ese tamaño, puede *crecer* más y con gran rapidez.

—Es otro de los peligros posibles —corroboró Straken, sombrío—. Si ahora, al nacer, es mayor que cualquiera de nosotros..., ¿cómo será pasados unos días, unas semanas o unos meses?

—Todo esto no son más que simples divagaciones sin sentido —murmuró Akhaar, con expresión irritada—. Según se presenten los acontecimientos inmediatos, podremos juzgar con mayor seguridad. De momento, lo único cierto e indiscutible es que Lyvia ha muerto y que el experimento de engendrar un superhombre en el vientre de una mujer ha sido un total fracaso, al menos fuera de las condiciones de vida establecidas dentro de la pequeña nave invisible donde hallamos a esta muchacha en nuestro viaje espacial.

Goow había ido a ver al robot. Regresó con gesto abatido. Sus palabras sonaron a tristeza y dolor:

—Pobre Zyo-70. Era un buen servidor, un fiel robot. Esa bestia recién nacida debió arrollarlo en su camino, destrozándole los circuitos. Mucha fuerza se precisa para ello, la verdad. Es... es como si una energía especial se acumulara en esa criatura que hemos visto nacer ante nuestros ojos de forma tan terrible...

—Una extraña *energía*... —repitió Zoltan, con repentino sobresalto—. ¿Os dais cuenta de lo que ha sugerido Goow ahora con esas palabras?

—La verdad, no —se mostró Ghidar, perplejo, volviéndose a su compañero—. No entiendo a qué te refieres...

—¿Recordáis la energía desconocida que pensamos brotaba de este planeta y equilibró nuestra nave tan a tiempo, activando los frenos hasta evitar el impacto?

—Sí, pero ahora, ¿qué tiene eso que ver con lo que estamos...? Oh, no, Zoltan, ¿no pretenderás sugerir que esa... esa «cosa», *desde dentro* ya del seno materno, actuó sobre nuestro sistema de frenos, emitiendo una energía capaz de impedir el impacto?

—Sí, Ghidar. Eso sugería.

—Pero, ¿por qué haría eso un ser aún no nacido? —indagó Straken, escéptico—. No ha demostrado tener muchos miramientos a la hora de nacer, ni siquiera con su propia madre. ¿Por qué habría de tenerlos con nosotros, para evitar el impacto en la superficie de Shamar?—Muy sencillo.. Porque de ese modo podía él *nacer* —silabeó Zoltan—. Si todos moríamos allí dentro, también moriría Lyvia... y él no nacería ya.

—Dios mío.., —Ghidar se llevó las manos a la cabeza, realmente aterrado—. Eso significaría que ese ser recién nacido... era ya capaz *de pensar y de aduar* desde el interior del claustro materno...

—Una posibilidad espantosa —admitió Zoltan—. Pero recordad: el proyecto era crear un Superhombre. Pudo fallar esa intención. Pero aun así, la criatura engendrada por nuestros biólogos, pudo

evolucionar de un modo anormal, convertirse en un ser pensante, consciente, aun antes de nacer. Y luego, al nacer..., sólo Dios sabe lo que va a ser. De todos modos, creo que hemos presenciado el nacimiento de un horror. De algo que, quizás, hemos presentido en todo momento, hemos sentido muy cerca de nosotros, como un peligro latente, sin saber que existía.

Otro silencio profundo siguió a las palabras de Zoltan. Straken comentó con amargura:

—Es lo único que nos faltaba... Llegamos a un mundo donde hay algo que destruye totalmente una civilización, y cuya naturaleza desconocen incluso los habitantes de este planeta... para traerles encima por nuestra cuenta una criatura espantosa y terrible, que puede ser un monstruo de maldad y de poder destructor.

—Dejémonos de más deducciones que a nada conducen —jadeó Ghidar, abatido—. Ahora sólo nos queda enterrar a Lyvia... y esperar a ver qué sucede. Mientras no podamos salir de este planeta, en busca de otro más acogedor, éste será nuestro mundo forzoso y hemos de intentar sobrevivir. Goow, le ruego que nos perdone, sí con nuestra presencia en este planeta hemos venido a crearles más problemas de los que ya tenían...

—No se disculpen —sonrió Goow, con tristeza—. Ustedes no podían preveer que eso sucedería. Como ha dicho, lo mejor será dar sepultura a esta pobre muchacha. Y luego, mientras esperamos, tratar de ver qué puede hacerse para evitar que el monstruo, si tiene intenciones agresivas, nos ataque por sorpresa. Es obvio que si esa criatura tiene algo de animal o de humano en su ser, terminará por sentir hambre. Y, desgraciadamente, no hay demasiadas cosas para comer en Shamar. Eso le hará regresar, sin duda, a esta ciudad de Azora. Eso, suponiendo que la haya abandonado ya...

Todos asintieron, mirándose. Goow, con su simplicidad, había puesto el dedo en la llaga.

¿Estaba aún el monstruoso hijo de Lyvia en Azora? Y sí era así, ¿dónde podía ocultarse y qué pasaría en esos momentos por su mente?

* * *

Entre las ruinas de Azora, la ciudad muerta de Shamar, antigua capital del Imperio, se elevaba ahora una cruz.

Extraña la presencia del símbolo cristiano de un remoto planeta, entre minas de un mundo tan distinto. Goow, sin embargo, nada preguntó. Tal vez imaginó que aquella cruz— representaba el tributo de los humanos a sus muertos. O algo más, que sus creencias no entendían pero respetaban.

Vulda, en cambio, acarició la cruz, hecha con dos fragmentos de metal unidos entre sí laboriosamente por Zoltan, y preguntó, ingenua y dulce:

—¿Qué significan esos metales cruzados? ¿Qué símbolo es ése?

Zoltan le respondió, mirando con simpatía y ternura la desnudez virginal de la muchacha, la única humana superviviente de su sexo en estos momentos:

—Es difícil de explicar. Y sencillo a la vez. Es nuestra fe, Vulda. El símbolo de un hombre que intentó hacemos mejores de lo que fuimos. Es la fe en que más allá de esta vida, exista algo más. Algo que valga la pena...

—¿Más allá de la vida? —dudó Vulda—. ¿Qué puede haber cuando se muere?

—No lo sé —suspiró Zoltan—, Nadie lo sabe. Y quienes lo saben, no pueden decirlo, porque ya no están aquí. Como Lyvia. Como tantos millones de seres que se fueron para siempre, allá en la Tierra... Esa cruz, Vulda, es lo único hermoso que nos queda a los que sobrevivimos. Lo único ya por lo que vale la pena seguir luchando, sobreviviendo, esperando el fin...

—No lo entiendo —musitó ella, moviendo negativa mente la cabeza—. Pero sé que me gustaría entenderlo.

—Sí, creo que te gustaría, Vulda. Otro día te contaré algo más sobre esa cruz... si existe otro día, claro está.

Y su mirada sombría recorrió el nada esperanzador panorama de la ciudad ruinosa, los campos yermos y el pantano negro, espeso, tenebroso e insondable como los mares de aquel mundo en lenta agonía.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Straken, acercándose a ellos.

—No sé. Supongo que vigilar...

—Vigilar, ¿qué?

—Todo. Este planeta hostil..., su misterioso poder aniquilador, venga de donde venga... Y ahora, también al Superhombre, a esa odiosa criatura engendrada para matar. Estamos cercados de peligros, de riesgos. Pero por si hubiera pocos en este mundo, Straken, nosotros hemos traído otro tan malo o peor que los naturales aquí.

—No deben lamentarse —suspiró Goow el mutante, acercándose a ellos con majestuosa lentitud, la mirada perdida en los confines de la ciudad silenciosa—. Todos los mundos tienen sus azotes y plagas. No existen planetas más o menos crueles. La vida en sí, humana o no, es dura y cruel. No les culpo de nada de lo sucedido. Ustedes no podían preveer todo esto. Lo que importa ahora, como dijimos antes, es estar, atentos, por si ese ser regresa en busca de comida...

—Vamos a recoger armas más poderosas de nuestra nave —terció Ghidar, con gesto ensombrecido—. Makro y yo iremos a la *Omega-3*. Los demás deberán permanecer juntos, sin separarse bajo pretexto alguno. Creo que podremos afrontar mejor cualquier posible peligro

estando unidos que dispersos.

—¿Qué armas piensas utilizar? —indagó Zoltan.

—Si es preciso, nucleares —manifestó Ghidar, gravemente.

—Podemos contaminar grave e irreversiblemente la atmósfera de Shamar…

—Eso ya importa poco ahora. Si la muerte nos acecha de tantas formas, ¿qué otra cosa puede hacerse, salvo utilizar proyectiles de carga atómica para combatir a todo enemigo que exista aquí, incluido ese maldito monstruo que mató a Lyvia?

Y sin añadir más, él y Makro iniciaron la marcha hacia la nave, para recoger las devastadoras amias elegidas. Vulda miró a Zoltan, intrigada.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. ¿Qué son armas nucleares?

—Algo que ahora se puede utilizar en forma reducida. Pero inicialmente fue un poder que el hombre no supo controlar adecuadamente. Un poder destructor que no sólo mata por su acción directa, sino que luego puede permanecer en la atmósfera, destruyendo todo lo que queda vivo.

—No será mucho peor en este planeta —sonrió ella—. Ya ves que apenas queda vida…

—Pero queda algo. Con nuestras armas, tal vez no quede nada. Ni alimentos, porque hay algo llamado radiactividad, que contamina cuanto toca, convirtiéndolo en letal.

—Pero algo hay que hacer contra ese ser horrible…

—Sí, algo hay que hacer. Esa es la única excusa que tenemos. Ojalá todo salga bien, Vulda. Ojalá…

* * *

Akhaar estaba en su ronda de vigilancia durante la larga noche de Shamar. Cerca de él, «Adam» dormitaba entre las ruinas apaciblemente, como si su condición de perro le permitiese sentirse allí mucho más feliz que los humanos a quienes acompañaba.

Algo más lejos, Zoltan también montaba guardia en su puesto. En sus cinturas, pequeños subfusiles de proyectiles de carga nuclear, acompañaban a sus otras armas convencionales, como cuchillo y pistola de balas explosivas. El sentirse tan protegidos por su armamento, no había parecido aumentar demasiado la confianza en sí mismos y en su situación.

Akhaar llegó a los límites de las ruinas en su lento paseo. Miró a la proximidad negra y enigmática del espeso pantano tenebroso. Era un paisaje capaz de despertar terrores olvidados a cualquiera. Pero Akhaar no era miedoso ni se sentía demasiado impresionado. Sólo que no podía olvidar algo: el momento terrible en que un estallido de sangre y muerte señaló el nacimiento del presunto Superhombre,. —

Respiró hondo, intentando alejar de sí aquel recuerdo penoso y

aterrador. «Adam» se había despertado. El perrito se erguía, con sus orejas tensas, escuchando o intuyendo algo en la silenciosa noche estelar. Akhaab, inquieto, contempló a su perro. Sabía que él no se excitaba fácilmente, pero había que pensar que aquel no era su mundo ni su ambiente.

—¿Ocurre algo, muchacho? —preguntó suavemente? inclinándose para acariciar su pelo afectuosamente.

La reacción del animal fue imprevisible. Gruñó «Adam» amenazador, poniéndose tenso todo su cuerpo. No le ladraba a él, sino a algo situado en la zona de oscuridad, más allá de las ruinas. Bajo la mano del amo, su piel temblaba.

—«Adam», ¿qué te pasa? —preguntó Akhaab, en voz baja—. No alarmes a los demás por una tontería. ¿Es que ves algo raro, o solamente lo olfateas?

El animal seguía rígido. De repente, echó a correr, soltando un ladrido ronco. Se perdió en las sombras, más allá de las ruinas de Azora.

—¡«Adam», vuelve! —le llamó su amo inútilmente.

El perrito no regresó. Se perdía en la zona oscura, ladrando ahogadamente y emitiendo gruñidos torvos. Akhaab, tras una indecisión, se lanzó tras él, sin dar la alarma a los demás. No podía asustar a todos sólo porque su perro hubiese sufrido un sobresalto quizá a causa del propio clima que allí se respiraba, tan lejos de su mundo de origen.

La figura de Akhaab también se fundió en la oscuridad, tras de su perro.

Momentos más tarde, un agudo grito de dolor y agonía despertaba a todos los reunidos en las ruinas de la ciudad desierta.

CAPITULO VIII

—HA sonado allí —dijo Zoltan, rudamente—, ¡Creo que ha sido Akhaab! No está en su puesto...

—Pronto, id en su busca —señaló vivamente Ghidar—. Tú, Zoltan, con Straken, por ese lado. Yo iré con Makro. Vosotros, Goow y Vulda, quedaos aquí, sin moveros. A cualquier cosa que notéis, llamad sin vacilar.

Asintió el mutante. La muchacha les miró dulcemente, con una expresión de temor en su bello rostro, y los cuatro terrícolas se alejaron en dos grupos, empuñando los subfusiles atómicos.

Zoltan y Straken siguieron las huellas de «Adam» en la tierra polvorienta. El perrito había dejado bien señaladas sus patas en el camino. Se detuvieron frente a la negra franja del pantano, cambiando una mirada.

—No se ve a nadie —susurró Straken—. Ni al perro ni a él...

—Sigamos buscando —mascullló Zoltan—. No pueden estar lejos... si es que aún existen realmente.

Iniciaron de nuevo la búsqueda, no lejos de la orilla del pantano. De pronto, un ladrido atrajo su atención. Miraron hacia adelante. a la zona más oscura del lugar.

—¡Allí! —gritó Straken—, ¡Enciende la lámpara, Zoltan!

Este presionó —el botón de la lámpara que llevaba consigo, cuyas baterías quería conservar lo más posible porque, mientras el *Ómega-3* no estuviese reparado adecuadamente, y funcionaran sus sistemas de energía, no podían reponerlas en modo alguno.

Su lámpara proyectó un chorro cegador de luz, que pareció rebotar como algo vivo en la negra, superficie pantanosa, despertando reflejos siniestros. Los ojos del perrito brillaron ante ellos, en la distancia.

—¡Ya le veo! —gritó Zoltan—. ¡Vamos, Straken, hay algo junto a «Adam»! Tal vez sea su amo...

Llegaron ante el perro. Este, sorprendentemente, les miró con un hosco gruñido. Los ojos alucinados de ambos viajeros se clavaron en la forma que yacía junto a «Adam», a la orilla misma del pantano.

—Dios mío... —jadeó Straken, angustiado—. ¿Qué es *eso*?

Zoltan contempló los huesos blancos, pelados y desnudos, que yacían en tierra, entre rugosos restos de ropa carcomida y corroída. Cuando el perrito «Adam» lamió lastimeramente aquellos restos humanos, ambos entendieron.

—Es Akhaar... o lo que queda de él —musitó Zoltan, con voz trémula.,

* * *

—Akhaar... Dios mío, ¿qué significa esto?

Ghidar y Makro se habían reunido con ellos, a la llamada de Zoltan. Los cuatro hombres contemplaban aquellos restos limpios de toda huella de carne, los huesos dispersos, la calavera limpia, de cuencas vacías y sonrisa eterna y terrible. «Adam», el perro, seguía gruñendo ominoso, mientras intentaba permanecer junto a los restos humanos.

—No lo sé —jadeó Zoltan, pasándose una mano temblorosa por su frente empapada de frío sudor—. Hemos deducido que era él, Akhaar..., por el comportamiento del perro.

—Además, ésas debían ser sus ropas, aunque desteñidas y roídas por alguna fuerza terrible..., la misma que devoró a nuestro amigo —musitó Straken, amargamente.

—¿Qué clase de fuerza? —masculló Ghidar—. ¿El Superhombre?

—No sabemos. Eso..., o el poder maligno que destruye a este mundo —sentenció Zoltan, encogiéndose de hombros—. Sea lo que sea, algo terrible que no podemos combatir con nuestros escasos medios,

—Zoltan tiene razón. Si seguimos aquí por más tiempo, pereceremos todos, como el pobre Akhaar.

—¿Y adónde podemos ir? —protestó Ghidar, con acritud—. Todos sabéis que el *Omega-3* no está en condiciones de abandonar este mundo. Además, sería injusto dejar a Goow y a Vulda con... con esa «cosa» que nosotros hemos traído aquí, y que posiblemente sintió hambre, como presagió el mutante, y ha venido a devorar implacablemente a nuestro amigo...

—Tengo una idea —dijo Zoltan, roncamente. Se arrodilló junto a «Adam», cuyos gruñidos aumentaron de grado al verle cerca, y le preguntó con voz firme., autoritaria—: Vamos, perrito. ¿Donde está el peligro? ¿Dónde está el que mató a tu amo? Tú sólo lo sabes, estoy seguro. Tú viste *qué o quién* hizo esto... «Adam», amigo, tienes que decirlo. Si quieres vengar a tu amo, tienes que decirnos algo...

Pero «Adam» no dijo nada. Tras gruñir de nuevo, se puso a ladrar al vacío, sin mirar a ninguna parte en particular, sólo vuelta su cabeza hacia el pantano. Sus ladridos resonaban extraños en aquel mundo que, acaso por vez primera, conocía la existencia de un vulgar can en su superficie.

«Adam», de pronto, se fue hacia la orilla negra. Y reanudó sus ladridos con mayor furia, como si el asesino de Akhaar se hubiera marchado sobre aquella superficie tenebrosa.

Los astronautas se miraron.

—Tal vez llevase una embarcación quien hizo eso —señaló Makro —. O sea un monstruo marino como el que vimos en la isla...

El perro saltaba junto al fango negro, pero sin tocarlo. Sus ladridos eran furiosos. Miró a Zoltan repetidas veces, sin dejar de ladrar. Este contemplaba, pensativo, sombrío, el panorama desierto, el pantano sin señales de vida.

De pronto, Zoltan se quitó un correaje de su atavío espacial. Y lo arrojó a la orilla del pantano. El barro negro lo lamió...

Ocurrió algo espantoso.

Aquel fango negro pareció hervir. Burbujeó, como algo vivo, reptante, alargándose igual que un negro tentáculo, para envolver el correaje. Un sonido extraño, susurrante, brotó de aquella materia. Era como si estuviera mordiendo, *devorando* algo...

Luego, con repentina agresividad, una lengua de fango tenebroso se precipitó sobre Zoltan, alcanzó sus botas, las lamió, sonando un crujido espeluznante, algo así cómo un jadeo... y Zoltan, aterrado, notó que el material de sus botas se disolvía como si fuese azúcar, y un frío glacial y devorador rozaba la epidermis de su pie...

—¡El pantano! —rugió, saltando atrás, justo a tiempo, en tanto «Adam» ladraba desesperadamente, y contemplando con pavor su pie derecho, desnudo, y el izquierdo, con la piel arrancada en parte por aquella fuerza devoradora y carnívora que todo lo trituraba y consumía—. ¡El pantano! ¿*Entendéis*? ¡Es *él* lo que está vivo, lo que destruye este planeta desde hace milenios!

Las orillas del pantano hervían, se deslizaban hacia ellos como negras lenguas de un horror infernal sin precedentes. Los cuatro hombres echaron a correr, alejándose a la desesperada de allí. Sólo «Adam», el perrito, furioso, anhelando venganza por el terrible fin de su amo, se quedaba atrás. Zoltan, pese al dolor lacerante de su píe despellejado por aquel frío devorador y viscoso, se volvió, tomó al animal en sus brazos y siguió en pos de sus camaradas. Ghidar disparó un proyectil nuclear contra la orilla. El estallido formidable levantó un destello azul, cegador, y con él se pulverizó una zona del fango negro, convertida en simples átomos en fisión, Pero el resto del pantano hervía como un volcán en erupción, movido por aquel feroz apetito insaciable que le hacía devorar la vida de todos los habitantes de Shamar,

Alcanzaron las ruinas de la ciudad, mientras la furia del pantano iba reduciéndose tras el impacto nuclear que abría ahora un hondo cráter en la orilla, a cuyo fondo iba a verterse la extraña y terrorífica materia negra

Coow y Vulda les esperaban, con expresión de temor y preocupación. Los cuatro hombres cayeron, jadeantes, junto a ellos,

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el mutante.

—Muestro , compañero... se quedó allí para siempre —jadeó Ghidar—. El pantano... lo devoró.

—¡El pantano! —mostró su asombro Goow,

—Sí, amigo, Ese era el gran enemigo misterioso de este planeta: el pantano. No es materia inerte la que lo compone. Es algo vivo, reptante, voraz... Algo que ataca y destruye todo tejido en pocos momentos, incluida la materia viva. Un monstruo de enormes dimensiones está vivo en este planeta, Goow, Un monstruo moldeable, hecho de materia viscosa y hambrienta. Tal vez no uno, sino varios pantanos en Shamar sean de esa naturaleza, y signifiquen la clave de la destrucción total de este mundo.

—El pantano... Tanto tiempo buscando un enemigo mortal... y estaba ahí, ante todos nosotros, atacando sólo en la sombra, cuando nadie podía verlo actuar...

La voz de Goow era triste, lamentando la agonía de urna raza que, tal vez, de haber conocido a tiempo la respuesta, hubiese podido salvar su trágico destino. Ahora ya era tarde. Demasiado tarde para intentar nada. Tal vez incluso demasiado tarde para salvarse ellos mismos,

* * *

—¿Está mejor?

—Sí, Vulda, gracias por tu ayuda —murmuró Zoltan, tras terminar ella la curación de su piel en carne viva, a base de extender un bálsamo y un cicatrizante del botiquín de a bordo sobre el pie atacado, siendo luego vendado el mismo por Straken—. El dolor ya no es tan fuerte... Pude haberme quedado con dos muñones tan sólo, de modo que debo sentirme satisfecho porque sólo fuese esto...

Ella se sentó a su lado. Sentir tan próxima la Ingenua desnudez de Vulda, lograba inquietar a Zoltan. Sus instintos de hombre, de simple macho, se despertaban inevitablemente con aquella vecindad, pese a la inocencia con que la muchacha llevaba esa desnudez, carente para ella de todo significado voluptuoso, —¿Qué pensáis hacer ahora? —preguntó ella.

—Tenemos que salir de aquí como sea, Vulda. Permanecer en Shamar es condenarse a morir. Y eso va también por ti y por tu amigo Goow...

—Pero yo no puedo dejarle a él solo. Y él nunca abandonaría su mundo. Nació aquí, y aquí desea morir. Tal vez no sobreviviría tampoco en otro lugar.

—Tal vez no. Pero cabe una posibilidad. Aquí no la hay. Aunque diéramos caza al monstruo que nosotros hemos traído, quedaría eso..., el pantano. Contra una fuerza así no hay lucha posible. Lo destruye todo. Debe estar formada de una materia viva que se dilata con el tiempo, hasta llenar cavidades, como un auténtico pantano. Pero no es barro lo que reposa allí, sino organismos vivos, voraces e implacables.

—¿Crees que podréis reparar vuestra nave adecuadamente?

—No lo sé. Caímos aquí porque el Superhombre lo quiso, recuérdalo. Su fuerza, aun desde el claustro materno, actuó como energía que controlaba nuestros movimientos en el espacio. No hubo choque ni impacto, pero tenemos averías importantes en los sistemas de locomoción y otros puntos. Hay que resolver eso, obtener energía suficiente de salida como para proyectarnos fuera de este mundo otra vez. Y eso no va a ser fácil.

—¿Crees que la fuerza del Superhombre todavía actúa sobre vuestra nave?

—Es muy posible. Esa criatura horrible tiene unos poderes especiales que desconocemos, aunque haya nacido muy lejos de lo previsto, muy distinto a lo que imaginaron sus creadores de la Tierra. Pero de momento sólo sabemos el poder destructor del pantano, no el suyo propio.

Vulda permaneció callada. Zoltan contempló las ruinas que les rodeaban, como preguntándose dónde estaría ahora el Superhombre. De repente, Goow se irguió, con una rara expresión en sus ojos.

—Ha transcurrido demasiado tiempo desde que m— ció —dijo, bruscamente.

—¿Qué quiere decir? —indagó Ghidar, escéptico.

—Me refiero a ese ser que ustedes vieron nacer, el hijo de esa infortunada mujer.

—¿El Superhombre?

—Sí, o como quieran llamarlo ustedes. Creo que es mucho el tiempo sin saber nada de él,

—¿Y bien...?

—Recuerden lo que dije: debe de tener hambre. Toda criatura viviente tiene que alimentarse al nacer. El no tiene madre. Nació gigantesco, se engendró en un período de tiempo muy breve... Tal vez esté creciendo y creciendo ahora... Y necesita alimentos. Pero no lo hemos visto. Eso sólo puede significar una cosa, según mis cálculos.

—Dígalo, Goow, se lo ruego —pidió Ghidar.

—Las reservas de alimentos —dijo el mutante, sombrío.

—¿Qué?

—Recuerden: en el subsuelo de la ciudad de Azora se hallan los depósitos frigoríficos, cargados de alimentos... ¿Y si está ahora escondido allí, devorando cuanto precisa para su sustento y desarrollo?

—Dios mío... —Ghidar cambió una rápida mirada con sus compañeros—. Eso es cierto. No tiene nada de absurda esa teoría, Goow...

—¿Y qué podemos hacer? —suspiró Straken—. ¿Conoce usted el acceso a esos depósitos de víveres?

—Por supuesto. Ya les dije que nos alimentamos de esas reservas.

—Pero... pero bajar allí en busca de él significa un riesgo terrible —apuntó Makro—. Su poder tal vez sea ahora superior, invencible...

—¿Y qué queréis? —bramó Ghidar—. ¿Que crezca y crezca ese poder, hasta resultar una amenaza total? Goow tiene razón. Vamos a intentarlo. Hay que buscar al Superhombre en su posible escondrijo actual... Si no aparece a la luz es que no se siente aún lo bastante fuerte o le falta seguridad en sí mismo...

—Y mañana puede ser tarde —aprobó Zoltan, ceñudo—, Si sale de ahí, será porque se siente capaz de destruirnos a todos fácilmente. Y lo hará, estoy seguro.

—Decidido, entonces —habló Ghidar—. Vamos a ir todos a esos depósitos, Goow. No podemos separarnos ahora. Recuerde que ahí fuera nos aguarda un enemigo mortal: el pantano viviente. Y debajo de estas ruinas posiblemente otro tan cruel o peor: el Superhombre artificial.

—Bien. Iremos todos —aprobó Goow—. Y que ese Dios que ustedes nombran, nos proteja a todos.

—Falta va a hacernos, amigo mío —sentenció sordamente Zoltan.

* * *

Las galerías subterráneas de la ciudad de Azora eran interminables corredores, alumbrados por fuentes energéticas de la urbe que aún no se habían consumido. Una claridad azul blancuzca lo invadía todo, con cierta frialdad. Goow se conocía bien el subsuelo de Azora. Les guió, hasta que una amplia bóveda apareció ante ellos, y, en su acceso, unos caracteres indescifrables para ellos, fueron señalados por Goow:

—Mirad —dijo—. Ahí lo dice en nuestra lengua nativa: «Acceso a los depósitos de alimentos congelados, Antes eran protegidos por una guardia especial para que nadie penetrase en esta zona, destinada como simple reserva para casos de máxima necesidad. Ahora ya nadie, excepto yo, viene aquí a por alimentos. Supongo que en las demás ciudades de Shamar ocurre otro tanto como los escasos supervivientes de mi raza que pululen por ellas.

Había tristeza en su tono, y todos respetaron aquel justo dolor que recordaba tiempos mejores, quizá perdidos para siempre. Avanzaron formando un grupo compacto, pero manteniendo entre sí una cierta distancia prudencial, con sus armas de proyectil atómico a punto. Sabían que era un riesgo, porque podían contaminar de radiactividad todos los alimentos allí almacenados, pero también era un riesgo enfrentarse a la criatura genética de Lyvia con armas convencionales, fuese cual fuere ahora su estado.

Descendieron las largas escaleras talladas en el muro pétreo, hacia el fondo de la nave abovedada donde más de veinte puertas herméticas de grandes cámaras frigoríficas se alineaban frente a ellos.

Al parecer, nadie había en torno suyo que diera señales de vida. El silencio allí era absoluto, y sus pisadas resonaban huecamente en muros y bóveda.

Todos miraban en torno suyo, admirados de tal grandiosidad. La raza mutante capaz de construir aquellos reductos subterráneos, tuvo que ser por fuerza una raza admirable, pensó Zoltan para sí.

—No parece estar por aquí —comentó sordamente Ghidar, con mirada escudriñadora—. Tal vez se equivocó, Goow…

—No —negó éste tristemente, parándose en seco de repente—. No me equivoqué, creo. Vean eso.

Señalaba un panel en un muro lateral. Allí, una cifra acaso un número en lenguaje de Shamar, aparecía iluminada en rojo. Las demás cifras, hasta una veintena larga, aparecían a oscuras.

Zoltan contó esas cifras. Había tantas como puertas, y creyó entender.

—¿Qué significa esa luz? —preguntó Ghidar.

—Corresponde a la puerta número, once —dijo Goow lentamente —. Está abierta, no herméticamente ajustada. Eso significa que, tal vez, hay alguien dentro.

Un escalofrío agitó a los cuatro hombres y la desnuda Vulda. Se miraron en horrorizado silencio.

Alguien dentro.

Eso sólo podía significar una cosa: el Superhombre estaba en el depósito número once, tras una de aquellas puertas.

CAPITULO IX

—ES preciso comprobarlo, ocurra lo que ocurra—jadeó Ghidar.

—Eso significa enfrentarnos a él —musitó Zoltan—. ¿Estamos preparados para eso, Ghidar?

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Se me ocurre algo. Goow, ¿se puede abrir una de esas puertas desde *dentro*?

—No, si se asegura desde fuera adecuadamente —sonrió el mutante, comprendiendo su idea—. Es una buena sugerencia, amigo mío. Ese panel controla las puertas y las puede cerrar automáticamente.

Señaló un tablero de controles bajo la luz roja de alerta. Tantos botones como puertas de frigoríficos se alineaban allí. Zoltan avanzó despacio hacia aquel muro. Goow le siguió, asintiendo con la cabeza.

—¿Bastará apretar el botón correspondiente? —indagó Zoltan, con voz tensa.

—Bastará, sí —afirmó Goow—. Un circuito especial se activará, asegurando los cierres. La puerta es de una aleación metálica indescriptible. No podrá salir.

—Bien. —Zoltan suspiró, acercando un dedo tembloroso al botón señalado—. Esperemos que el frío congele a ese horrible ser ahí dentro.

—Una vez cerrada la cámara, puede elevarse su temperatura o hacerla descender a placer, hasta un límite de doscientos grados bajo cero. Creo que nadie, ni siquiera su Superhombre, pueda salvarse de semejante frío.

—Dios lo quiera —suspiró Zoltan, presionando resueltamente el botón.

Hubo un chasquido en la puerta número once. La luz roja se apagó. Un zumbido interior marcó el funcionamiento del circuito de seguridad. Luego, un golpe seco cerró el ciclo. La puerta estaba herméticamente asegurada, encerrando dentro al intruso.

Los componentes del grupo se miraron en silencio, esperando las consecuencias de su acción. El silencio, de momento, era total, tenso. Mi una señal de vida dentro de la cámara congeladora.

—Parece que no se ha enterado... o no puede hacer nada por dar señales de vida —murmuró Makro.

—Debería golpear esa puerta, si se sabe encerrado —señaló Goow, pensativo—. No le serviría de nada, pero probaría que hay alguien dentro...

La prueba no tardó en presentarse, pero no— como ellos

esperaban.

De repente, algo sucedió en la puerta once. Comenzó a crujir, a resquebrajarse, bajo la presión de algo de— moledor, terrorífico. Una expresión de pánico e incredulidad asomó al rostro del mutante.

—¡Imposible! —gimió roncamente—. ¡Está... *está destruyendo* la puerta! ¡Va a salir de ahí!

Los ojos desorbitados de todos los presentes contemplaban aquella puerta que empezaba a ceder, a arrugarse increíblemente, como si en vez de un metal indestructible, fuese simple papel...

Zoltan, lívido, miró a los muros, al alto techo... Una idea alocada cruzó su mente. Hizo un rápido cálculo mental del recorrido que hicieran bajo las ruinas de la ciudad muerta.

—¡Pronto! —aulló—. ¡Arriba! ¡Subid esas escaleras hasta cerca de la salida! ¡No os demoréis! ¡Por el amor de Dios, *arriba*!

Todos echaron a correr desordenadamente hacia los escalones de piedra que subían basta el acceso a los corredores subterráneos, cerca de la bóveda de aquella inmensa nave. Zoltan se quedó el último, con su subfusil nuclear en la mano,

Y a su lado, sorprendentemente, Vulda.

—¡Vulda, arriba! —ordenó Zoltan con voz potente y autoritaria—. ¡Todos arriba, sin excepción!

—No, Zoltan —musitó ella, mirándole tiernamente, con fijeza—. Yo... me quedo contigo, ocurra lo que ocurra...

Zoltan iba a replicar, pero no tuvo tiempo ni ocasión.

Con un terrible crujido, la metálica puerta, de un grosor increíble, se desplomó, reventada, rugosa, y algo emergió de detrás de ella, acogido con un grito de horror por todos los fugitivos.

Zoltan contempló, demudado, la espantosa forma de vida que venía hacia él, jadeante, sin prisas, como la más terrorífica expresión de muerte jamás imaginada por hombre alguno...

¡*Aquello* tan espantoso que se movía hacia *él* para aniquilarle... era el presunto Superhombre ideado por un puñado de locos genéticos en el planeta Tierra!

* * *

Ni siquiera era humano.

Una masa informe de carne gelatinosa, de materia viva, palpitante, con un rostro demoníaco, unos ojos vidriosos y redondos, perdidos en una faz viscosa, de carne arrugada y oscura. La sangre era visible, corriendo por unas venas y arterias que una piel translúcida permitía advertir bajo la epidermis. Su volumen era superior al de tres hombres puestos el uno encima del otro. Sus extremidades eran simples prolongaciones de aquella hedionda masa, pero de una fuerza aterradora, a juzgar por su acción sobre la puerta metálica. De aquel

ser repugnante, emanaba una especie de energía capaz de producir calambres a Zoltan, cuyas manos pugnaban dificultosamente por manejar el arma atómica contra la forma odiosa de vida.

Un jadeo, un sonido ronco e inarticulado, escapaba de aquella materia viviente, y las radiaciones de su energía eran perceptibles incluso en la atmósfera. Pese a ello, Zoltan pudo presionar el resorte de disparo, y su arma vomitó un proyectil nuclear sobre el Superhombre,

El monstruo recibió el impacto en pleno cuerpo. La granada atómica se hundió en su ser, y reventó luego, en una formidable explosión que hizo temblar los muros del subterráneo.

Zoltan no pareció sorprenderse de la espantosa consecuencia de su disparo. Vulda, junto a él, temblaba, presa del más vivo terror que jamás conociera la muchacha.

¡El Superhombre resistía la energía nuclear disparada sobre su persona!

Aunque reventada su materia pulposa, pronto volvió a solidificarse y soldarse, formando un todo informe y homogéneo, mientras algo parecido a una risa silbante y siniestra brotaba de sus labios, perdidos entre pliegues de gelatina viva.

—Dios mío... —jadeó Zoltan, arrastrando consigo a Vulda hacia la escalera, en cuya final les esperaban los aterrorizados componentes del grupo—. Ese maldito ser. Su naturaleza no se descompone... Sus átomos no pueden fisionarse... Está creado de una materia que no es del todo humana...

—¡Va a aniquilarnos, Zoltan! —sollozó Vulda, abrazándose a él.

—Veremos, Vulda... Veremos... —silabeó Zoltan, con una repentina idea delirante en su mente, que ya había acariciado momentos antes, porque temía que la forma de vida engendrada por Lyvia, en aquel monstruoso experimento genético, no tenía demasiado de humana y, por tanto, cualquier reacción era posible, incluso bajo la energía nuclear.

Inició el ascenso con ella, escaleras arriba. Apuntó de nuevo con su subfusil nuclear. Y apretó el resorte de disparo.

Pero esta vez no apuntaba al monstruo de energía devastadora. Esta vez había apuntado a la bóveda, al techo de aquella vasta caverna, inexplicablemente para todos cuantos fueron testigos de su acción.

Sin embargo, Zoltan sabía lo que hacía.

La granada atómica reventó en la bóveda. Su potencia destructora sí fue eficaz en la piedra, tras su fracaso en la materia deshumanizada e indestructible de aquel ser de pesadilla.

Se abrió una enorme grieta en el techo. Y por ella, algo negro, espeso, comenzó a chorrear, creciendo en volumen y en copiosidad a

medida que la grieta se hacía boquete y fragmentos de piedra caían de la bóveda.

¡El pantano estaba entrando en el subsuelo de la ciudad!

El cálculo de Zoltan había sido certero. Se hallaban ya bajo la orilla misma del pantano, en su viaje subterráneo por el subsuelo de Azora. La granada nuclear había abierto el hueco para que la materia voraz del pantano penetrase allí...

Una lluvia densa de negra masa palpitante cayó sobre el monstruo informe. Fue como el choque de dos formas de vida igualmente repulsivas, poderosas y voraces.

Una especie de ronco aullido agónico, frenético escapó de la pulpa informe que era el pretendido Superhombre. La materia negra chorreó sobre su cuerpo, envolviéndole. Una especie de chisporroteo continuado, como si hirviese algo en aquella masa pantanosa, se produjo de forma escalofriante en la caverna...

Zoltan llevaba ahora en sus brazos, sin dejar de empuñar el arma nuclear, a la desnuda y hermosa Vulda, subiendo a la carrera los empinados escalones, para reunirse con sus amigos, mientras la materia negra, combatía a la desesperada con su poderoso enemigo, y la energía de éste, brotando de cada uno de los poros de su repugnante humanidad, destruía la materia pantanosa, pulverizándola y haciéndola añicos.

Pero ello no era a costa de graves pérdidas para la criatura, que a su vez iba reduciéndose, combatida por la voracidad del elemento mortífero, devorada, materialmente por aquellos organismos indescriptibles.

Fue una batalla larga, sorda y fantástica, entre dos fuerzas igualmente poderosas e inexorables... La caverna se invadía por momentos de fango negro, hasta formar un enorme embalse ante las puertas de los frigoríficos, pero ese fango, al contacto con el cuerpo cada vez más reducido y desgarrado del Superhombre, se iba convirtiendo en simple agua sucia, mansa, que nada podía ya.

Cuando la lucha increíble terminó, el Superhombre era sólo jirones de carne sin forma, flotando en el agua fangosa y maloliente. Pero ambos se habían destruido. Ambas materias se habían aniquilado mutuamente. Acaso dentro de la negra materia mortal, un núcleo central que coordinaba la acción de los demás microorganismos vivientes, había perecido en el embate con el monstruo. Y ello, a simple vista, permitía advertir que el resto de la filtración del pantano, era ya totalmente inofensiva, sin lograr siquiera corroer o devorar los vestigios sin vida del monstruo que alumbrara sangrientamente la infortunada Lyvia.

—Vamos, amigos... —jadeó Zoltan—. Creo que todo ha terminado ya aquí...

* * *

—Al fin lo lograron…

—Sí, Goow —asintió Ghidar, sonriente—. Es evidente que la energía negativa que retenía inmóvil al *Ornega-3* provenía de ese monstruo… Ahora funcionan los mecanismos de a bordo y podemos reanudar la marcha.

—¿Hacia dónde, amigos míos?

—Eso nadie lo sabe. Pero tenemos que seguir viaje, buscar otro planeta donde iniciar una nueva vida. ¿Seguro que no quiere venir, Goow?

—Seguro. Me quedo aquí. El pantano ya no es peligroso. Iré a buscar a otros de mi raza. Tal vez aún sea tiempo de sobrevivir, de reconstruir, no sé…

—Pero va a sentirse muy solo sin Vulda… Solo con su robot… Ya sabe que ella desea venir con nosotros, ocupar el puesto de Lyvia…, permanecer junto a Zoltan. Eso puede ser el inicio de otra humanidad,
—Lo sé y lo entiendo —sonrió Goow—. No me duele que Vulda se vaya. Su sitio está con vosotros, amigos míos. Es como vosotros. Aquí ya no sería feliz. Sabe lo que es el hombre… y sabe lo que es el amor. Hace bien en irse. Os deseo suerte a todos. Y que encontréis vuestro mundo ideal, lejos de todo peligro y de todo riesgo…

—¿Existe en alguna parte en mundo ideal, Goow?

—dudó Ghidar.

—No lo sé. Pero hay que pensar que sí —sonrió el mutante—. Después de todo, la fe y la esperanza son lo mejor de la vida. Vosotros me enseñasteis esa lección. Que vuestro Dios, el Dios de todos nosotros, viaje con vuestra nave hacia el mejor destino, amigos…

Esa fue la despedida de Goow, el mutante, a sus amigos de la remota Tierra.

Poco después, el *Omega-3* se alejaba para siempre de Shamar.

Goow lo despidió desde una loma con sonrisa esperanzada y animosa. Luego, se alejó con su único robot superviviente, en busca de su propio destino.

Los seres vivientes del Universo, después de todo, se parecían bastante entre sí, aunque no siempre fueran iguales…

3 COLECCIONES APASIONANTES



DIFERENTE

Todo lo que busca
en otras colecciones,
sin encontrarlo

Precio 100 ptas.



SEXY FLASH
SEXY STAR

Dos modernas
selecciones de relatos
erótico-sentimentales,
escritos por los más
expertos autores
del género

Precio en España 40 ptas.

PIDA EJEMPLARES A

PRECIO EN
ESPAÑA
35 PTAS.

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Impreso en España